RUDOLF STEINER

La Evolución desde el punto de vista de lo Verdadero

Editorial Antroposófica

CINCO CONFERENCIAS, PRONUNCIADAS EN BERLIN DEL 31 DE OCTUBRE AL 5 DE DICIEMBRE DE 1911

(NUMERO BIBLIOGRAFICO 132)

TRADUCCION: MARITA KROMBERG

ACERCA DE LAS PUBLICACIONES DE LAS CONFERENCIAS DE RUDOLF STEINER

Las obras escritas y publicadas de Rudolf Steiner (1861-1925) constituyen el fundamento de la ciencia espiritual de orientación antroposófica. Entre los años 1900 y 1924, éste dio y dictó además una gran cantidad de conferencias y cursos, tanto en público como para los miembros de la Sociedad Teosófica, más tarde Sociedad Antroposófica. Originalmente, Rudolf Steiner quiso que no se escribieran sus conferencias, por lo general libremente pronunciadas, porque habían sido pensadas como información "oral", no destinada para la impresión. Pero, cuando en creciente medida aparecieron y se difundieron apuntes taquigráficos, tomados por oyentes en forma incompleta y llena de errores, se vio obligado a regularizar todo lo referente a la reproducción de los textos, tarea encomendada a Marie Steiner von Sivers. A ella le correspondió, de ahí en más, la designación de los taquígrafos, la administración de los textos y la revisión necesaria para la publicación de los mismos. Como Rudolf Steiner, por falta de tiempo, no pudo corregir los manuscritos, salvo en casos muy contados, hay que respetar, frente a toda publicación de sus conferencias, las reservas manifestadas por él mismo: "Habrá que admitir que se hallen incorrecciones en los manuscritos no revisados por mí".

En su autobiografía "Mi Vida" (capítulo 35), Rudolf Steiner se refiere a la relación entre las conferencias dadas ante miembros, las cuales, en un principio, tan sólo eran disponibles como manuscritos impresos internos, y sus escritos públicos. El texto correspondiente se reproduce a continuación. Lo manifestado allí vale igualmente para los cursos de determinadas materias específicas, dirigidos a un círculo limitado de participantes que estaba familiarizado con los fundamentos de la ciencia espiritual.

Después de la muerte de Marie Steiner (1867-1948), se comenzó con la publicación de la "Edición de las obras completas de Rudolf Steiner", de acuerdo a pautas suministradas por ella. La presente obra forma parte de dicha edición completa.

Marita Kromberg

ACERCA DE LOS MANUSCRITOS DE LAS CONFERENCIAS DE RUDOLF STEINER DE SU AUTOBIOGRAFIA "MI VIDA" (1925)

De mi labor antroposófica se desprenden actualmente dos clases de resultados; primero, mis libros publicados ante y para todo el mundo; segundo, una gran cantidad de cursos pensados, en un principio, como impresiones privadas y en venta tan sólo para miembros de la Sociedad Teosófica (más tarde Sociedad Antroposófica). Se trataba de los apuntes taquigráficos de mis conferencias, tomados en forma más o menos correcta y que, por falta de tiempo, me fue imposible corregir. Yo habría preferido que la palabra oral quedara palabra oral; pero los miembros querían la impresión privada de los cursos. Y así se hizo. Si yo hubiera tenido tiempo para corregirlos, la restricción "Sólo para miembros", la cual se eliminó ya hace más de un año, habría sido innecesaria desde un principio.

En esta 'Mi Vida' es ante todo fundamental hacer constar cómo ambos, mis libros públicos y estas impresiones privadas, se insertan en lo que fui elaborando como Antroposofía.

Quien quiere seguir mis propios esfuerzos y luchas interiores por presentar la Antroposofía ante la conciencia de la época actual, habrá de recurrir a mis escritos públicos, en los cuales me confronto igualmente con todas las aspiraciones y tendencias de conocimiento de nuestro

tiempo. En ellos se encuentra lo que paulatinamente y a través del 'contemplar espiritual', se fue configurando y convirtiendo —si bien en muchos aspectos de una manera imperfecta— en la cosmovisión antroposófica.

Tal exigencia de elaborar y edificar la Antroposofía, sirviendo con ello tan sólo a los propósitos que resultan de la tarea de transmitir, al mundo cultural general, los mensajes del mundo del espíritu, se sumó además aquella otra de responder plenamente también a lo que los miembros manifestaban como necesidades de su alma y anhelos de su espíritu.

En este sentido existía una fuerte inclinación de escuchar exposiciones sobre los evangelios y los contenidos de la Biblia en general, dadas desde la perspectiva y bajo la luz de la Antroposofía. En cursos específicos, los miembros querían saber de las revelaciones que habían sido entregadas a la humanidad.

En los ciclos internos de conferencias que pronuncié en el sentido de esta última exigencia, se dio otra cosa más. Estos fueron presenciados únicamente por miembros familiarizados con los fundamentos de la Antroposofía. No había inconveniente en hablarles de igual manera que a los más avanzados en el conocimiento antroposófico. Por esa razón, el carácter y la disposición que distinguen a estas conferencias internas, no podrían ser los mismos en los escritos destinados para el gran público.

En los círculos internos me fue permitido hablar sobre ciertas cosas en una forma que necesariamente tendría que haber sido otra, si desde un principio se hubiera previsto su publicación.

De hecho, los escritos públicos y los privados son dos cosas de distintos fundamentos y orígenes. Los libros enteramente públicos constituyen el resultado de lo que trabajó y luchó en mi interior; en las impresiones privadas luchó y trabajó la Sociedad junto conmigo. Escucho las vibraciones en la vida anímica de los miembros y, viviendo con todo mi ser en lo que oigo, nace la disposición de las conferencias.

En ninguna parte se dice absolutamente nada que no fuera el resultado más puro de la Antroposofía que se está desarrollando. No existe concesión alguna para con los prejuicios y presentimientos de los miembros. Quien lee estas impresiones privadas, puede considerarlas, en todo sentido, una expresión del mensaje antroposófico. Por esta razón, no había inconveniente de apartarse de lo establecido en cuanto a su distribución limitada al círculo de los miembros, una vez que las exigencias y quejas al respecto se hicieron demasiado insistentes. Tan sólo habrá que admitir que se hallen incorrecciones en los manuscritos no revisados por mí.

Mas, un juicio sobre los contenidos de estas impresiones privadas corresponderá únicamente a aquél que conozca lo que se considera la condición previa para tal juicio. Y eso es para la gran mayoría por lo menos el conocimiento antroposófico del hombre, del cosmos —en tanto que su ser sea aprehendido y descrito por la Antroposofía— y lo que figura como 'Historia Antroposófica' en los mensajes del mundo espiritual.

NOTA DEL TRADUCTOR

La presente obra forma parte de las impresiones privadas que se mencionan en las notas precedentes, y sus contenidos se ajustan, por lo tanto, a lo manifestado por su autor a ese respecto.

De acuerdo a ello, el conocimiento de la Cosmovisión Antroposófica fue dado por Rudolf Steiner en sus libros escritos y destinados para todo público. Así revela en su libro "Teosofía" esencialmente el misterio de la naturaleza y existencia del hombre, y en la parte central de su "Ciencia Oculta" el de la evolución de nuestro cosmos, a través de las sucesivas incorporaciones planetarias de la Tierra. Las anteriores formas de existencia de nuestro planeta se conocen allí como Saturno, Sol y Luna.

Las conferencias ante los miembros, en cambio, constituyen, en cierto modo, profundizaciones, comentarios, acotaciones al margen, de los textos públicos. En este sentido, los contenidos de la presente obra complementan y amplían los conocimientos acerca de la evolución del planeta Tierra y de la humanidad, tal como fueron dados en el cuarto capítulo de la "Ciencia Oculta". Sólo que aquí estos hechos se describen desde otro ángulo, podría decirse, desde la perspectiva de las mismas jerarquías celestiales.

Marita Kromberg

PRIMERA CONFERENCIA
Berlín, 31 de Octubre de 1911

Si queremos seguir desarrollando las ideas que elaboramos el año pasado en nuestro trabajo de Rama*, tendremos que adquirir todavía ciertos conceptos, representaciones y puntos de vista distintos de los que se han mencionado hasta el momento. Sabemos que era imposible abarcar los evangelios y otros documentos espirituales, sin el conocimiento previo de la evolución de todo nuestro sistema universal, que corresponde a las incorporaciones de nuestro planeta mismo a través de la existencia saturnal, la existencia solar y lunar hasta la actual existencia terrestre.

Quien recuerda las veces que tuvimos que recurrir a estas representaciones básicas, se da cuenta de lo indispensables que son para toda contemplación oculta de la evolución humana. Examinando los datos que fueron dados, por ejemplo en la "Ciencia Oculta", referente a la evolución en Saturno, Sol y Luna hasta la Tierra y aunque estos hubieran sido aún mucho más detallados, Uds. admitirán que no puede tratarse de otra cosa que de un bosquejo, de indicaciones hechas desde un ángulo y un punto de vista determinados. Así como la existencia terrestre abarca una cantidad infinita de detalles, es totalmente lógico que lo mismo valga para los estados de Saturno, Sol y Luna, y que, por lo tanto, lo único que podemos ofrecer sea un dibujo al carbón de trazos muy toscos, una especie de bosquejo. A nosotros, sin embargo, nos hace falta una caracterización de la evolución desde otro ángulo.

* Nota del Traductor: Grupo de estudio para miembros de la Sociedad Antroposófica.

Al preguntarnos por el origen de todos estos datos que fueron dados en aquel libro, sabemos que provienen de las llamadas inscripciones en la Crónica del Akasha; sabemos que los hechos pasados y presentes de la evolución del mundo se ven allí como grabados en una fina substancia espiritual, la substancia akáshica. De todo lo que aconteció alguna vez, existe una inscripción que permite deducir cómo fueron las cosas en tiempos anteriores. Así como para la mirada común, los fenómenos particulares del mundo físico, cuando están cerca, se presentan con mayor nitidez, la que se va perdiendo en la medida en que aumenta la distancia, del mismo modo los hechos cercanos en el tiempo, pertenecientes a la evolución terrestre o lunar, admiten una descripción más precisa; en cambio, los más alejados adquieren contornos menos nítidos, por ejemplo, cuando nos remontamos clarividentemente a la existencia saturnal o solar.

Pero, ¿por qué razón atribuimos importancia a la investigación de épocas tan lejanas? Se podría decir: ¿con qué objeto los antropósofos hablan todavía hoy de cosas tan antiguas? ¿Por qué ocuparse de asuntos tan remotos, acaso no es suficiente con lo que ocurre en la actualidad? Decir esto, sería un grave error. Pues, lo que sucedió alguna vez, sigue sucediendo sin interrupción, aún en el presente. Los acontecimientos del período saturnal no se limitaron exclusivamente a aquel entonces, sino que continúan desarrollándose todavía hoy, sólo que han sido re-

cubiertos, se hacen invisibles debido a aquello que actualmente rodea al hombre en el plano físico. Precisamente, el antiguo estado saturnal que existió hace tanto tiempo, se hace completamente invisible. Sin embargo, esta antigua existencia saturnal afecta al ser humano aún hoy. Para hacernos una idea de cómo nos atañe, representémosnos lo siguiente.

Sabemos que el núcleo más íntimo de nuestro ser se nos presenta como nuestro "Yo". Para el hombre actual, este Yo, el centro de nuestro ser, es por cierto, una entidad verdaderamente suprasensible e imperceptible; tan imperceptible, que en el presente existen teorías del alma, las llamadas psicologías oficiales, que ya no tienen la menor idea acerca de la naturaleza del Yo, incluso no tienen idea de la existencia de este Yo.

A menudo he llamado la atención sobre la hermosa expresión que fue surgiendo paulatinamente en la psicología alemana del siglo XIX; me refiero a la "Teoría anímica sin alma". La escuela de Wundt, hoy mundialmente famosa y no solamente de influencia decisiva en los estados alemanes, sino también muy ponderada en todas partes donde se habla de psicología, ha sido un factor especialmente determinante para esta "Teoría anímica sin alma", por más que el término no fuera creado por aquella. La "Teoría anímica sin alma", podría caracterizarse como una descripción de las cualidades anímicas, sin tomar en cuenta un ser anímico independiente, en el cual convergen primero todas las cualidades del alma como en un foco, es decir, se unen en el Yo. Es el mayor disparate que haya podido introducirse en la teoría anímica, imposible imaginar un disparate mayor; sin embargo, la psicología actual está enteramente bajo la influencia de este disparate. Hoy día la "Teoría anímica sin alma" se ha hecho famosa en todo el mundo. Futuros historiadores de la cultura de nuestro tiempo tendrán una ardua tarea cuando quieran explicar de alguna forma a nuestros descendientes, cómo fue posible que en el siglo XIX y muy entrado el siglo XX, algo así haya sido admirado como el logro máximo en el campo psicológico. Digo esto únicamente para señalar la confusión que, precisamente, en la psicología oficial reina acerca del Yo, el centro de la entidad humana.

Si pudiéramos aprehender el Yo en su verdadera esencia y colocarlo ante nosotros como si fuera el cuerpo físico exterior, y si pudiéramos buscar el entorno del cual depende el Yo, en la misma medida en que el cuerpo físico depende de lo que exteriormente se ve mediante los ojos y se percibe con los sentidos, si pudiéramos buscar el entorno del Yo, como en el reino físico encontramos nuestro entorno en las nubes, montañas, etc., si buscáramos aquello de lo que depende el Yo, como por ejemplo, el cuerpo físico depende de sus alimentos, entonces aún hoy llegaríamos a una característica del mundo, a un cuadro universal que, de cierta manera, impregna nuestro ámbito circundante, que en forma invisible se halla insertado en él, y que es idéntico al cuadro universal del antiguo estado saturnal. Este está oculto; para el hombre es un mundo suprasensible. En su actual nivel evolutivo, el ser humano tampoco estaría en condiciones de resistirlo. Le está velado por el Guardián del Umbral para que, por de pronto, se mantenga oculto ante él, y se requiere cierto grado de desarrollo espiritual para poder soportar semejante cuadro.

No hay duda de que es una visión a la cual uno primero debe acostumbrarse, antes que nada Uds. tendrán que hacerse una idea de lo que se precisa, tan sólo para poder llegar a percibir todavía como algo real un cuadro

universal de esta índole. Para ello, todo lo que es perceptible mediante los sentidos debería ser borrado, incluso el mundo interior del hombre tendría que desaparecer, en cuanto éste se refiere a las emociones comunes; lo mismo vale también para las representaciones que viven en el ser humano. Es decir, respecto al mundo exterior Uds. deberían suprimir lo perceptible por los sentidos, y del interior, lo que son emociones y representaciones. Y luego, si queremos tener una idea del estado anímico en que el ser humano necesariamente se sumerge, al percibir con total realidad que todo está eliminado, pero él aún está, no queda otra cosa que aprender a sentir un estremecimiento, un temor ante el vacío infinito que se abre en nuestro derredor. De alguna manera tenemos que sentir que nuestro entorno está enteramente impregnado, teñido de lo que por doquier nos causa estremecimiento y temor; y al mismo tiempo hemos de ser capaces de vencer este temor con firmeza interior y con la seguridad de nuestro ser. Sin ambas sensaciones anímicas, el estremecimiento y temor ante el vacío de la existencia y la superación del temor, ni siquiera llegaremos a un vislumbre de la antigua existencia saturnal, subyacente a la de nuestro mundo.

Estas dos sensaciones, tal como las acabamos de caracterizar, son muy poco cultivadas por los seres humanos; por consiguiente, incluso en la literatura figuran tan sólo algunas descripciones aisladas de este estado anímico que, desde luego, ha sido conocido por aquellos que en el curso de los tiempos, a través de facultades de clarividencia, trataron de llegar al fondo de las cosas. Pero en la literatura exterior, escrita o impresa, se encuentran pocas referencias a seres humanos que hayan percibido algo como el estremecimiento ante el vacío infinito de la existencia y menos aún, la superación de tal estremecimiento. Para obtener una especie de perspectiva exterior de este

asunto, busqué en la literatura más reciente dónde podría leerse sobre algo parecido a este estremecimiento ante el vacío incomensurable dentro de un ser humano. Por lo general los filósofos son terriblemente inteligentes, se expresan con conceptos esclarecidos y evitan hablar de las impresiones grandes e imponentes. Es difícil que se encuentre algo a ese respecto en sus escritos. No quiero detenerme en la descripción de mi búsqueda infructuosa. Pero una vez, sí, encontré un pequeño vislumbre de estas sensaciones; lo encontré precisamente en el diario del hegeliano Karl Rosenkranz, donde describe a veces sentimientos muy íntimos que le generaba la vivencia de la filosofía de Hegel. Descubrí un pasaje extraño que denota cierta inocencia. Karl Rosenkranz se aclara a sí mismo que la filosofía hegeliana parte del "puro ser". En la literatura filosófica del siglo XIX se gastó mucha tinta acerca de este "puro ser" de Hegel, pero –a decir verdad- sin haber entendido mucho de ello. Casi quisiera decir –por supuesto, esto es posible únicamente en los círculos más íntimos– que la filosofía de la segunda mitad del siglo XIX comprende del "puro ser" de Hegel, tanto como un buey entiende lo que es domingo, después de haber comido pasto durante toda la semana anterior. Es un concepto gastado este "puro ser" de Hegel –no lo que es el ente (das Seiende) sino el ser–; es un concepto que realmente no es aún lo que acabo de caracterizar como el vacío estremecedor que inspira temor. Pero el espacio entero, en el ser hegeliano, está teñido de la cualidad que carece de todo aquello que pudiera ser experimentado por el ser humano: el infinito saturado de ser. Y una vez Karl Rosenkranz lo percibe como un sentirse sacudido pavorosamente por el frío del espacio universal, que no contiene otra cosa que el ser vacío.

Para comprender lo que subyace al mundo no es su-

ficiente discutir, formarse conceptos e ideas acerca de ello; es más necesario, en cambio, que logremos representarnos la sensación que nace ante el vacío infinito de la antigua existencia de Saturno. Vislumbrándolo apenas, el alma comienza a sentir el estremecimiento. Si queremos elevarnos clarividentemente hasta la contemplación del estado saturnal, nuestra preparación ha de consistir efectivamente en adquirir un sentimiento, en un principio similar a la sensación que en mayor o menor medida es conocida por todo el mundo, la sensación de vértigo en alta montaña, cuando el hombre está al borde de un abismo y cree haber perdido todo suelo seguro bajo sus pies; una sensación de no poder permanecer en ningún lugar y, por lo tanto, de estar entregado a potencias, a fuerzas que escapan a su dominio. Esto, no obstante, es recién lo elemental, el sentimiento inicial; puesto que no sólo se pierde el suelo bajo los pies, sino también todo lo que ven los ojos, oyen los oídos, toman las manos, es decir, lo que se encuentra en el entorno espacial; por consiguiente, el ser humano no tiene otra alternativa que perder todo pensamiento, sumiéndose así en una especie de estado de adormecimiento o sueño que no permite tampoco conocimiento alguno, o por el otro lado, adentrarse en dicha sensación, y esto conduce inevitablemente al mencionado estado de estremecimiento. Pero hay que estar preparado; caso contrario uno se siente preso de una sensación de vértigo imposible de vencer.

Llegado a este punto, existen dos posibilidades para el ser humano actual. Una de ellas, la segura, es haber comprendido los evangelios, el misterio del Gólgota. Su real comprensión en toda su profundidad, por supuesto no a la manera de los teólogos modernos, sino absorbiendo de ello lo más profundo que el hombre interiormente pueda vivenciar, esto hace que lleve al vacío algo que co-

mo desde un punto se va agrandando y que llena aquel vacío con algo similar al coraje, con un sentimiento de coraje, un sentirse a salvo por estar unido con la entidad que en el Gólgota consumó el sacrificio. Este es un camino. El otro es penetrar los mundos espirituales sin los evangelios, penetrarlos mediante la auténtica, verdadera Antroposofía. Esto también es factible. Como Uds. saben, por de pronto remarcamos siempre el hecho de que no partimos de los evangelios cuando contemplamos el Misterio del Gólgota, sino que llegaríamos igualmente a él sin la existencia de los evangelios. Esto fue imposible antes del acontecimiento en el Gólgota; en cambio, hoy sí es realizable porque el Misterio del Gólgota ha traído algo al mundo que hace que el ser humano pueda comprender el mundo espiritual inmediatamente, desde sus propias impresiones. Esto es lo que podemos denominar el obrar del Espíritu Santo en el mundo, el obrar de los pensamientos universales en el mundo.

Si llevamos lo uno o lo otro con nosotros, no nos podemos perder; no podemos precipitarnos en el abismo insondable cuando estamos frente al vacío pavoroso. Cuando nos acercamos a este vacío pavoroso con una preparación adquirida a través de los distintos medios que se exponen, por ejemplo, en "¿Cómo se adquiere el conocimiento de los mundos superiores?" u otros que sobre esta base van más allá, cuando penetramos el mundo espiritual, un mundo que ya no contiene nada que conmueva nuestra alma, ni que pueda ser aprehendido por nuestra actividad representativa, cuando dentro de este mundo nos vamos adaptando de cierta forma a la existencia saturnal, entonces llegamos a conocer a determinadas entidades, en modo alguno comparables ni al reino animal, al vegetal o al mineral, - es que nos hallamos en un mundo sin nubes, ni luz, ni sonido--; no obstante conocemos a

estas entidades que son precisamente aquellas que, de acuerdo a nuestra terminología, se denominan los Espíritus de la Voluntad o Tronos. Estos Espíritus de la Voluntad se nos presentan como algo verdaderamente objetivo, podría decirse como un mar ondeante de coraje.

Mediante la clarividencia se convierte en realidad presente lo que, por lo general, pertenece únicamente al ámbito de lo representado. Piensen que Uds. están sumergidos en el mar, pero sumergidos como un ser espiritual que se siente enteramente unido a la entidad del Cristo, que se siente llevado por ella; nadando, no en un mar de agua, sino en un mar que llena el espacio infinito y para el cual no cabe otra denominación que mar de coraje fluyente, energía fluyente. No es simplemente un mar indiferente e indiferenciado, sino que abarca todas las posibilidades y diferenciaciones relacionadas con lo que calificaríamos de sentimiento de coraje. Llegamos a conocer a entidades que, si bien consisten en coraje, no dejan de ser específicas y que, no siendo otra cosa que coraje, sin embargo están frente a nosotros como seres totalmente concretos. Desde luego, parece muy extraño que nos encontremos con entidades tan reales como el hombre de carne y hueso y que, no obstante, no son de carne y hueso sino de coraje. Pero así es. Los Espíritus de la Voluntad son entidades de esta naturaleza; y por lo pronto se circunscribe la existencia saturnal tan sólo a lo que representan los Espíritus de la Voluntad que consisten en coraje, nada más. Inicialmente, esto es Saturno. Imposible decir que este mundo sea redondo o hexagonal o cuadrado. Todas las indicaciones de espacio dejan de ser aplicables, porque allí no existe fin. Volviendo otra vez a la imagen del nadar, podemos decir: no es un mar en el que llegaríamos a una superficie; sino hacia todos lados encontraremos siempre Espíritus del Coraje o de la Voluntad.

En futuras conferencias explicaré por qué uno no llega inmediatamente a este estado; aquí quiero mantener el orden acostumbrado: Saturno, Sol y Luna, si bien es mucho mejor proceder a la inversa; de la Tierra hasta Saturno, tal como clarividentemente sucede en realidad. Ahora lo caracterizaré al revés ya que en este caso no tiene importancia.

Lo extraño es que, cuando uno se ha elevado a esta contemplación, surge un fenómeno extraordinariamente difícil de imaginar para todo aquél que no procure lograr este tipo de representaciones mediante un esfuerzo lento y paulatino. Ahora cesa algo que está ligado, tanto o más que cualquier otra cosa, a la capacidad representativa común del ser humano: termina el espacio. Carece de sentido decir que uno está nadando arriba o abajo, adelante o atrás, a la derecha o a la izquierda, o sea, aplicar cualquier condición de espacio. No tiene sentido en el caso del antiguo Saturno; todo es igual a ese respecto. Lo importante sin embargo es: al retroceder a los primeros tiempos de la existencia saturnal, cesa también el tiempo. Ya no existe ni antes, ni después. Desde luego, al ser humano actual se le hace muy difícil representarse esto, porque su actividad representativa misma transcurre en el tiempo; un pensamiento es anterior o posterior al otro. Por otra parte, la única manera de describir el hecho de que el tiempo deja de existir, es nuevamente por medio de un sentimiento que en verdad no es nada agradable. Imagínense Uds. que sus representaciones estuvieran como petrificadas, de modo que todos sus recuerdos y propósitos se congelaran y Uds. se sintieran sujetados en su actividad representativa, totalmente inmovilizados. Ya no podrán decir que una experiencia anterior haya sido "antes". Están atados a ella. Está, pero está petrificada. El tiempo deja de tener significado. No existe. De ahí que carece

absolutamente de sentido preguntar: ¿Qué está descri-
biendo la existencia saturnal, la existencia solar, etc.?
¿Por qué no nos dice qué hubo antes de Saturno? "An-
tes" ya no tiene sentido alguno, puesto que el tiempo ha
dejado de existir y uno debe desistir de toda determina-
ción temporal. Al tener que parar el pensamiento, se pue-
de decir de una manera muy comparativa que en el anti-
guo Saturno el mundo está cerrado con tablones. La cla-
rividencia también debe detenerse. Ya mucho antes los
pensamientos comunes quedaron atrás; no llegan hasta
allí. Expresándolo mediante una imagen comparativa, se
podría decir que el cerebro se ha congelado. Dándonos
cuenta de esta rigidez, nos haríamos una idea aproxima-
da de una conciencia que ya no se desenvuelve dentro
de los límites del tiempo.

Llegado a este punto, uno percibe una extraña mo-
dificación en el cuadro entero. Desde la rigidez, desde la
atemporalidad que caracterizan el mar infinito de coraje
con sus entidades, los Espíritus del Coraje, penetran, se
entremezclan seres de otras jerarquías. Recién en el mo-
mento de percibir la no existencia del tiempo, nos damos
cuenta de que otros seres interactúan allí. Se advierte un
vivir indefinido, del cual no se puede decir que uno mis-
mo lo experimente, sino que está, que existe dentro del
mar infinito de coraje. Se nota algo como un relampa-
guear, un aclarar que atraviesa aquel mundo ;en el fondo
no es un relampaguear, sino más bien un fosforecer. Es
una primera diferenciación. Un fosforecer –pero un fos-
forecer que no produce la impresión de luz fosforescen-
te- ; es que para explicarlo habrá que recurrir a otra
cosa, como suele suceder en estos asuntos; por ello, re-
preséntense Uds. lo siguiente: se encuentran con alguien
que les dice algo, y Uds. sienten: ¡Qué inteligente que
es!, y en la medida que el otro sigue hablando, esta sensa-

ción se acrecienta hasta el sentimiento: ¡Este es un sa-
bio! ¡Infinidades de cosas habrá vivido para hablar con
tanta sabiduría! Y Uds. sienten cómo emana de esta per-
sonalidad algo similar a un hechizo. Represéntense este
hechizo infinitamente intensificado, surgiendo como nu-
bes en el mar de coraje, nubes que no relampaguean, que
fosforecen. Todo esto junto, les transmite una idea de
cómo dentro de la jerarquía de los Espíritus de la Volun-
tad, interactúan entidades que son enteramente sabidu-
ría, pero una sabiduría que interactúa irradiando, que no
es únicamente sabiduría, sino sabiduría irradiante. En una
palabra, así Uds. obtienen una representación de lo que es
la percepción clarividente de los Querubines. Son los Que-
rubines que interactúan allí.

Luego imagínense Uds. que alrededor vuestro no
hay absolutamente nada, salvo lo que acabo de describir.
Recién remarqué con cierto énfasis: no podemos decir
que algo esté en derredor nuestro, sino que simplemente
está, tal como lo caractericé. Hay que compenetrarse de
este pensamiento. Ahora bien, la idea de que se percibe
un relampaguear no es del todo correcta; por esta razón
dije que no es un relampaguear, sino un fosforecer, pues-
to que todo es simultáneo. No es que una cosa nazca y la
otra desaparezca, sino todo es simultáneo. Llegamos a
percibir entonces una relación entre los Espíritus de la
Voluntad y los Querubines ; surge la sensación de que se
interrelacionan. De esto tomamos conciencia. Vale decir,
tomamos conciencia de que los Espíritus de la Voluntad
o Tronos ofrendan a los Querubines su propia entidad. Es
ésta la última representación a la cual es posible llegar
cuando hacia atrás, nos acercamos a Saturno, los Espíri-
tus de la Voluntad que se sacrifican, que elevan su sacrifi-
cio hacia los Querubines; más allá de esto no se puede re-
troceder; allí el mundo está cerrado con tablones. Vivien-

do este sacrificio de los Espíritus de la Voluntad ante los Querubines, se arranca algo de nuestro ser, algo que podemos expresar únicamente así: por el sacrificio que los Espíritus de la Voluntad entregan a los Querubines, nace el tiempo. Pero no es el tiempo abstracto que mencionamos en general, sino una entidad independiente.

Ahora podemos empezar a hablar de algo que comienza. El tiempo comienza por de pronto, con el nacimiento de entidades de tiempo, que no son otra cosa que mero tiempo. Nacen entidades que consisten únicamente en tiempo; son los Espíritus de la Personalidad que, dentro de las jerarquías de las entidades espirituales, conocemos luego como los Arcai. En la existencia saturnal no son sino tiempo; en la nuestra los hemos descrito también como Espíritus del Tiempo, espíritus que regulan el tiempo. Pero los espíritus que nacen en Saturno, realmente son entidades que consisten tan sólo en tiempo.

Es algo extraordinariamente importante participar de este sacrificio de los Espíritus de la Voluntad ante los Querubines y del nacimiento del tiempo. Recién ahora, al nacer el tiempo, aparece algo que nos permite encontrar alguna analogía del estado saturnal con nuestro entorno actual. Por decirlo así, el humo de sacrificio de los Tronos que da nacimiento al tiempo, es lo que denominamos el calor de Saturno. Por esta razón, al describir las condiciones de Saturno, yo solía decir que éste estaba en estado calórico. Comparándolo con todos los elementos que nos rodean actualmente, Saturno nos permite hablar sólo de un estado calórico. Pero este calor nace como calor de sacrificio que los Espíritus de la Voluntad ofrendan a los Querubines. A su vez, este hecho nos enseña cómo pensar verdaderamente sobre el fuego. Donde vemos fuego, donde sentimos calor, no deberíamos pensar de una manera

tan materialista como el hombre moderno lo acostumbra hacer con toda naturalidad; sino aún hoy en día, donde percibimos calor, existe invisiblemente en nuestro derredor como fundamento espiritual, el sacrificio de los Espíritus de la Voluntad ante los Querubines. El mundo recién adquiere su verdad, si sabemos que detrás de cada manifestación calórica hay un sacrificio.

En la "Ciencia Oculta" se describió más bien el estado exterior de Saturno, para no desconcertar demasiado a los lectores. Bastante ya se han sentido molestos, y aquellos que sólo saben pensar en el sentido científico actual, consideran este libro un mero disparate. Pero imagínense Uds. el efecto si uno dijera que es precisamente la esencia íntima, el fundamento del antiguo Saturno, el hecho de que las entidades pertenecientes a los Espíritus de la Voluntad ofrendan a los Querubines; que nace el tiempo desde el humo del sacrificio entregado a los Querubines, y que de aquél se originan los Arcai, los Espíritus del Tiempo, y que el calor no es sino un reflejo exterior, una maya frente al sacrificio de los Espíritus de la Voluntad. Pero así es: el calor exterior no es más que maya, y si queremos hablar de acuerdo a la verdad, tenemos que decir: por doquier que se perciba calor, hay en realidad sacrificio, el sacrificio de los Tronos ante los Querubines.

Y ahora hay una buena imaginación, que es la siguiente. En "¿Cómo se adquiere el conocimiento de los mundos superiores?" y también en otras ocasiones se ha mencionado con frecuencia, que la formación de imaginaciones constituye la segunda etapa de la iniciación rosacruz. El antropósofo debe formarse estas imaginaciones a partir de las representaciones correctas acerca del mundo. De esta manera puede transformar lo que hablamos hoy, convirtiéndolo en una imaginación de la índole de

una fantasía: los Tronos, los Espíritus de la Voluntad, arrodillados ante los Querubines en actitud de completa entrega, en una actitud de entrega similar al coraje, pero la entrega no nace de la sensación de pequeñez, sino de la conciencia de poseer algo que puede ser sacrificado. ¡Los Tronos con su voluntad de sacrificio que está basada en la fuerza, en el coraje, como arrodillados delante de los Querubines, elevando hacia ellos su sacrificio, y lo elevan como calor borboteante, y las llamas de sacrificio ascienden hacia los Querubines alados! Esta podría ser la imagen. Y de este sacrificio –como si pudiéramos pronunciar la palabra hacia el aire y la palabra fuese el tiempo, pero el tiempo como entidades–, de todo este proceso se originan los Espíritus del Tiempo, los Arcai. Este enviar de los Arcai da una imagen grandiosa y poderosa; y esta imagen, cuando la tenemos ante nosotros, es una ayuda extraordinaria para ciertas imaginaciones que nos harán avanzar cada vez más en el campo del conocimiento oculto.

He aquí a lo que tenemos que llegar: transformar las representaciones recibidas en imaginaciones, en imágenes; aunque éstas resulten algo torpes, aunque sean antropomorfas, aunque estos seres parezcan hombres alados, no tiene importancia. Finalmente, lo otro nos será dado y lo incorrecto desaparecerá por sí solo. Entregarnos con devoción a estas imágenes, es lo que nos eleva paulatinamente hacia tales seres.

Verán Uds. que frente a aquello que traté de caracterizar como seres llenos de coraje, saturados de sabiduría, el alma ha de recurrir pronto a imágenes distantes de los conceptos intelectuales. Estos últimos deben su existencia a hechos muy posteriores, de modo que estas cosas, por de pronto, no deben ser tomadas intelectualmente. Uds. tienen que comprender de qué se trata, cuando

ciertos espíritus humanos que nacen a la clarividencia y que desde su clarividencia ingenua describen algo así, lo hacen de otra forma que los hombres racionales. Por esa razón, los hombres racionales jamás comprenden correctamente a estos espíritus. Quien quiera informarse sobre esto, puede hacer lo siguiente. Saquen de la Biblioteca Universal de Reclam un libro que es muy bueno, el llamado "Viejo Schwegler"; en tiempos anteriores los estudiantes lo solían usar antes de los exámenes, pero desde que el alma fue destituida ya no sirve más; si bien mejorado, empeorado por un colaborador, el libro no llegó a ser distorsionado del todo. Es una historia de la filosofía desde el punto de vista de Hegel. Es decir, si Uds. toman la "Historia de la Filosofía" del viejo Schwegler, obtendrán una buena imagen de lo concerniente a la filosofía antigua, incluyendo la de Hegel cuya descripción es excelente. Pero no dejen de leer también el corto capítulo que se refiere precisamente a Jakob Böhme y traten de representarse con toda claridad la impotencia de un ser humano que escribe una filosofía racional, frente a un espíritu como Jakob Böhme. Afortunadamente omitió toda mención de Paracelso; caso contrario habría escrito algo terrible. Pero lean Uds. lo que dice sobre Jakob Böhme. Schwegler se acerca aquí a un espíritu ante cuya visión había surgido ingenuamente, no la imagen de Saturno, sino la de la repetición saturnal en la tierra. Se encuentra con un espíritu que no puede hacer otra cosa que describir mediante palabras e imágenes que son inalcanzables para el intelecto. Ante esto cesa cualquier comprensión por parte del pensar racional. No es que estas cosas sean absolutamente incomprensibles, pero sí lo son para aquél que se mantiene en el nivel del seco intelecto filosófico común.

Uds. se dan cuenta de que lo importante es precisa-

mente elevarse hacia aquello que es inalcanzable para la inteligencia ordinaria. Si bien el intelecto común produce resultados tan excelentes como la "Historia de la Filosofía" de Schwegler –que con toda intención llamé un "buen" libro–; no obstante no deja de ser un ejemplo de lo impenetrable que es para un intelecto magnífico un espíritu como Jakob Böhme.

De esta manera, observando el antiguo Saturno, hemos intentado acercarnos más bien desde adentro a esta remota incorporación planetaria de nuestra Tierra. Próximamente haremos lo mismo con la existencia solar y lunar y también llegaremos a conceptos que quizás, no nos parecerán menos grandiosos que aquellos que obtenemos cuando divisamos el antiguo estado de Saturno y surge en nosotros el vislumbre de los Tronos que elevan su sacrificio hacia los Querubines y que crean a los Seres del Tiempo como resultado de su sacrificio. Es que el tiempo es un resultado del sacrificio y por de pronto, nace como tiempo viviente, como criatura del sacrificio. Luego veremos como todo esto es transformado en el Sol y encontraremos otros procesos grandiosos de la existencia universal, cuando pasemos de Saturno a Sol y después a la existencia lunar.

SEGUNDA CONFERENCIA
Berlín, 7 de Noviembre de 1911

En el curso de mis últimas exposiciones, Uds. se habrán dado cuenta de lo extraordinariamente difícil que es la descripción de aquellos estados evolutivos, aún anteriores a la formación de nuestra Tierra misma; puesto que, primero, debemos ir formando los conceptos e ideas que permitan acercarnos a estos extraños y remotos estados de nuestra evolución cósmica. Ya advertí anteriormente que una caracterización del antiguo período saturnal e igualmente de las siguientes incorporaciones planetarias de nuestra Tierra, como fue dada en la "Ciencia Oculta", dista de ser exhaustiva; es más: tal descripción se limita, de alguna forma, a reproducir lo verdaderamente esencial mediante imágenes provenientes del entorno inmediato e incluso, de lo habitual, para evitar así que la opinión pública, también destinataria del libro, se sintiera demasiado molesta. Desde luego, esto no invalida la descripción, pero en cierto sentido, ella no deja de tener un tinte de maya o de ilusión y primero hay que abrirse paso a través de la ilusión para poder penetrar, cada vez más, la verdad de los hechos. De una manera perfectamente correcta dentro de ciertos límites, se habla, por ejemplo, del antiguo Saturno como de un cuerpo celeste que, en lo esencial, no estaba compuesto de los elementos conocidos como tierra, agua o aire, sino de calor. Y cuando se hace referencia al "espacio", no es sino una imagen descriptiva, puesto que, la vez pasada vimos que en el antiguo Saturno ni siquiera existió el "tiempo". Por lo tanto, cuando hablamos de "espacio"

se trata también de una imagen. El espacio, en nuestro sentido, no existió en el antiguo Saturno y el tiempo nace recién allí. Remontándose al antiguo Saturno, estamos realmente en el ámbito de la eternidad exenta de espacio. Lo que se dice, a pesar de todo, para transmitir una imagen, debe ser considerado como tal.

Si hubiéramos penetrado el espacio del antiguo Saturno, no habríamos encontrado ni siquiera una substancia tan sutil como para calificarla de "gas", sino tan sólo calor y frío. En realidad, no se puede hablar de un pasar de una parte del espacio a otra, sino únicamente de una sensación producida por el transcurso de estados alternativos más calientes y más fríos; de ahí que, al retroceder al antiguo período saturnal, también el clarividente recibe la impresión de estados caloricos fluctuantes, sin espacio que, sin embargo, no son otra cosa que el velo exterior de aquel estado planetario. Este calor o este fuego, como dice el ocultismo, nos descubrió sus trasfondos espirituales, revelándonos que lo verdaderamente existente en Saturno fueron actos espirituales, realizaciones espirituales. Nos hemos formado una imagen de lo que hubo allí como hechos espirituales. Dijimos que los Espíritus de la Voluntad o Tronos consumaron ciertos actos de sacrificio; por eso si miramos hacia atrás, a lo concretamente acontecido en Saturno, se nos manifiestan los Querubines y los sacrificios que emanan de los Tronos. Son sacrificios los que fluyen de los Tronos hacia los Querubines, y estos actos de sacrificio vistos como desde afuera, aparecen como calor. Cualquier estado calórico es la expresión física exterior, la manifestación sensoria exterior de sacrificio. Por todas partes en el mundo donde percibimos calor, éste es la exteriorización de lo que hay detrás del mismo. El calor es una ilusión; detrás de él están los actos de sacrificio de ciertas entidades. Si queremos caracterizar realmente el calor, tenemos que decir: el calor universal es la revelación del sacrificio universal o de los actos universales de sacrificio.

A continuación vimos que, en cierto modo, este acto de sacrificio consumado por los Tronos ante los Querubines, da nacimiento a aquello que denominamos el "tiempo", pero recordemos que esta palabra moderna tampoco se ajusta del todo a la realidad. En aquel entonces, el tiempo aún no es el "antes o después", esta abstracción que el ser humano percibe hoy día, sino una suma de entidades espirituales: son los Espíritus de la Personalidad que conocimos también como los Espíritus del Tiempo. Los Espíritus del Tiempo son el verdadero tiempo antiguo; ellos son los hijos de los Tronos con los Querubines. Pero las circunstancias que dieron lugar al nacimiento de los seres de lo temporal en el antiguo Saturno, fueron aquellos sacrificios. Para llegar a una real comprensión de lo que hay detrás de las palabras: el antiguo Saturno consiste en calor, no es suficiente adquirir meros conceptos físicos exteriores –como calor que es un concepto físico–, sino otros que podemos extraer tan sólo de la vida anímica misma, de la vida anímica moral, llena de sabiduría. Nadie conoce verdaderamente la naturaleza del calor si no sabe hacerse una idea de lo que quiere decir entrega abnegada de lo que uno posee, de lo que uno tiene; es más, entrega abnegada no sólo de lo que uno tiene, sino de lo que uno mismo es. Sacrificar el propio ser, desprenderse del propio ser anímico, consciente de que esto implica estar dispuesto a entregar lo mejor de sí para el bien del mundo; no quedarse con lo mejor de sí mismo, sino tener la buena voluntad de ofrendarlo en el altar del universo; todo esto como concepto viviente que hace que nuestra alma se compenetre de un sentimiento, nos conduce paulatinamente a la comprensión de aquello que

hay detrás de la apariencia del calor. Tengan presente lo que encierra el concepto de sacrificio hoy, en la vida moderna: es prácticamente inimaginable que alguien que realiza un sacrificio con conciencia, lo haga contra su propia voluntad. Un sacrificio hecho contra la voluntad significa necesariamente estar forzado a ello por alguna causa; debe existir algún apremio. Pero esto no sería en absoluto nuestro caso. Aquí se trata de lo que como sacrificio emana naturalmente del ser que sacrifica. Y cuando alguien sacrifica algo, no porque está presionado por alguna causa exterior, tampoco porque espera obtener algo, sino obedeciendo a un impulso que nace desde adentro, entonces es inconcebible que sienta otra cosa que no sea el calor de bienaventuranza interior. Sentir dentro de sí mismo la bienaventuranza ardiente, es lo que solamente se puede expresar con estas palabras: el que realiza un sacrificio se siente compenetrado del calor, del ardor de la bienaventuranza. Así se nos ofrece la posibilidad de percibir nosotros mismos el ardor de sacrificio que vive dentro de la maya del calor universal. Tan sólo comprende verdaderamente la naturaleza del calor quien sepa concebir este pensamiento: siempre cuando se manifiesta calor en el mundo, le subyace algo anímico - espiritual que está detrás del calor, generándolo mediante la bienaventuranza del sacrificio. El que aprende a percibir el calor de esta manera, avanza paulatinamente hacia la realidad oculta detrás del fenómeno calórico, detrás de la ilusión calórica.

Si queremos pasar ahora de la antigua existencia saturnal a la antigua solar, tenemos que empezar nuevamente por buscar un concepto idóneo que nos permita representarnos la substancia del antiguo Sol, no del Sol actual. También aquí, el comentario de la "Ciencia Oculta" que dice: el antiguo Sol llevó el calor a un nivel

superior sumándole aire y luz, no deja de ser una descripción a partir de un fenómeno exterior. Si queremos comprender el aire y la luz que en el Sol se unen al calor, debemos buscar detrás de ellos algo moral, tal como detrás del calor buscamos el ardor de sacrificio de los Espíritus de la Voluntad. La única manera de obtener una idea, una representación, una sensación acerca de la naturaleza del aire y luz en el antiguo Sol, es atenerse a algo que vivimos anímica y espiritualmente dentro de nosotros mismos.

En este sentido existe una experiencia del alma que podemos describir así: supongamos que alguien presencie un auténtico, real acto de sacrificio, o que este alguien se represente la imagen que la vez pasada, al evocar la antigua existencia saturnal, describimos como acto de sacrificio de los Tronos – los Tronos elevando su sacrificio hacia los Querubines– y que se sienta emocionado por la visión del sacrificio bienaventurado que vivifica el alma. ¿Qué sentiría nuestra alma, al contemplar al ser mismo que realiza el sacrificio, o viendo aquella imagen a la que damos vida dentro de nosotros con fervor? Si tal ser humano posee sentimientos vivientes y no se mantiene más o menos insensible frente a la bienaventuranza de sacrificio, necesariamente percibe un impulso profundo ante esta imagen, sentiría esto: ¡contemplar la bienaventuranza de sacrificio es el acto más bello, la experiencia más hermosa que jamás puede nacer dentro del alma! Y esta sensación implica también lo siguiente: uno sería un *tronco* si no se originara dentro de uno mismo el impulso de contemplar con máxima veneración lo que es bienaventuranza de sacrificio, si el alma no aprendiera de ello la actitud de la entrega total. ¡Entrega! Un acto de sacrificio es entrega activa, entrega que se convierte en actividad. La contemplación de la entrega activa puede suscitar la disposi-

ción anímica de abandonarse, de perderse, de olvidarse en aquella visión. Supongamos que esta disposición de perderse sin ningún egoísmo en la contemplación, se hubiera vertido enteramente en el alma, entonces tendríamos algo indispensable para llegar a una comprensión; puesto que sin esta actitud anímica, al menos sin ningún vislumbre ni atisbo de ella, en realidad no alcanzaremos jamás lo que es dado por el conocimiento superior.

Quien no sea capaz de sentir alguna vez este estar entregado, no puede llegar a conocimientos superiores. ¿Qué sería lo opuesto de dicha actitud anímica? Sería el egocentrismo, el hacer valer el egocentrismo. Ambos son como dos polos de la vida del alma: abandonarse entregado a lo que se contempla o hacer valer egocéntricamente lo que hay en uno mismo. Son dos posiciones en extremo opuestas. Para el real conocimiento, para llegar a compenetrarse de sabiduría, el egocentrismo es fatal. En la vida común, éste es considerado un prejuicio y los prejuicios destruyen siempre el conocimiento superior.

Por cierto, la entrega a la que nos referimos aquí, es una entrega intensificada; pues sólo entregándose con una intensidad acrecentada, el ser humano logra elevarse a los mundos superiores; es decir, el hombre ha de ser capaz de experimentar aquel perderse a sí mismo, por lo menos como sensación anímica. De ahí que necesariamente hay que remarcar siempre de nuevo que jamás llegaremos a ningún conocimiento superior, si trabajamos *a la manera* de la ciencia común o del pensar cotidiano. Que no nos quepa ninguna duda: la ciencia ordinaria y el pensar cotidiano trabajan desde la voluntad común del ser humano, obrando a través de todo aquello que ha ido creando el egocentrismo, a través de las

sensaciones, sentimientos y representaciones heredadas o inculcadas por educación. Es fácil engañarse al respecto; estos engaños suceden a diario. Por ejemplo, ciertas personas vienen con el siguiente argumento: ¡Me dicen que acepte una ciencia como la ciencia espiritual, pero no quiero aceptar nada que no pueda pensar también yo mismo, no quiero aceptar nada que yo no haya comprobado! Cierto, no hay que aceptar nada sin haberlo verificado. ¡Pero, si a todo lo que se presenta acercamos únicamente nuestra propia persona, no aceptando sino lo que ya sabemos, tampoco avanzamos ni un solo paso! Y quien aspira a ser clarividente, no dirá jamás que no acepta nada que antes no haya comprobado él mismo; más bien, ha de liberarse completamente de su egoísmo, esperándolo todo de aquello que desde el mundo viene hacia él, y para lo cual no cabe otra denominación que "gracia". Lo espera todo de la gracia que ilumina. Pues, ¿cómo se adquieren los conocimientos clarividentes? Tan sólo eliminando todo lo aprendido hasta entonces. Por lo general, el ser humano piensa: yo tengo mi propio juicio. Tendría que decirse en cambio: éste no es otra cosa que los pensamientos de mis antepasados *refrescados* por mí o el resultado del estímulo de mis instintos. En absoluto se trata de los juicios propios de las personas; y los que más los sacan a relucir, ignoran por completo que son manejados como esclavos por sus prejuicios. Todo esto tiene que desaparecer si queremos adquirir conocimientos superiores. El alma debe estar vacía, esperando con calma lo que quizás venga hacia ella desde el mundo oculto, no manifiesto, exento de espacio y tiempo, de cosas y hechos. ¡No creamos nunca que podamos apropiarnos a la fuerza, del conocimiento clarividente! Al contrario, dentro de nosotros ha de madurar una disposición anímica que nos haga aceptar lo que se nos brinda como revelación o iluminación y para que así esperemos tan sólo de la Gracia

lo que nos es destinado; ella viene a nuestro encuentro y nos concede algo.

¿Y cómo se revela semejante conocimiento? ¿Cómo se revela lo que se nos acerca, cuando estamos lo suficientemente preparados? Se revela como la sensación de que nos ha sido otorgada una gracia por medio de la dádiva que llega del mundo espiritual. La única expresión que cabe para caracterizar al ser –o a lo que sea– que viene hacia nosotros lleno de gracia, para verter el conocimiento en nuestra alma, sería ésta: es algo que confiere gracia, que dona, que da. ¡Concibamos la naturaleza de un ser cuyo rasgo principal consiste en este estar donando, dando, brindando, cuyo rasgo primordial es derramar gracia alrededor suyo, verter gracia desde sí mismo, concibámoslo en un sentido tal que, para obtener la posibilidad de donar gracia, necesite contemplar el sacrificio de los Tronos ante los Querubines! Supongamos que el acto de sacrificio de los Tronos ante los Querubines fuera presenciado por un ser que se sintiera motivado por esta visión a convertirse en alguien que dona, alguien que lleno de gracia, derrama sus dádivas en derredor. ¡Representémoslo con toda exactitud! Supongamos que estuviéramos contemplando embelesados una rosa, es decir, que sintiéramos una bienaventuranza embriagadora por lo que llamamos "bello". Supongamos que la visión del sacrificio de los Tronos ante los Querubines alentara a otro ser a donar todo lo que posee, a verterlo en el mundo; entonces habríamos descripto a los espíritus que la "Ciencia Oculta" menciona como los "Espíritus de la Sabiduría" y que en el Sol se suman a las entidades ya conocidas en Saturno. Al preguntar: ¿cuál es la característica de los Espíritus de la Sabiduría que hacen su aparición en el Sol, uniéndose los espíritus saturnales? Tendríamos que contestar: el rasgo primordial de estos espíritus es la virtud que dona, que da, que otorga gracia. Y para agregar un calificativo, diríamos: ¡Ellos, los Espíritus de la Sabiduría, son los grandes dadores, los grandes donadores del universo! Tal como hablamos de los Tronos como de los grandes sacrificadores, deberíamos decir de los Espíritus de la Sabiduría: los grandes donadores que entregan su dádiva de la manera que, partiendo de ellos, ésta compenetra y vivifica el universo, afluye al universo ordenándolo.

Esto es el acto realizado en el Sol, el efecto de los Espíritus de la Sabiduría en el Sol. Ellos donan su propio ser, entregándolo al ámbito circundante. ¿Y qué vemos exteriormente, cuando queremos obtener algo como una percepción sensoria superior de lo que acontece en el Sol?

La "Ciencia Oculta" lo describe así: además de calor, el Sol se compone también de aire y luz. Pero esto –además de calor, el Sol se compone también de aire y luz– es como si alguien dijera: a lo lejos veo una nube gris; y si fuera pintor y pintara esta impresión, pintaría una nube gris; pero, al acercarse más, quizás se encuentra con un enjambre de mosquitos en vez de una nube gris. Lo que había tomado por una nube gris, en realidad es una suma de seres vivientes. Algo similar nos sucede ante la antigua existencia solar: desde lejos se presenta como la ilusión de un cuerpo de aire y luz; mirándola desde cerca, en cambio, ya no resulta un cuerpo de aire y luz, sino la gran virtud donadora de los Espíritus de la Sabiduría. No llega a conocer realmente el aire quien lo describe tan sólo de acuerdo a sus características físicas que no son sino maya o ilusión, la manifestación exterior. Detrás del aire que por doquier existe en el mundo, están los actos de los Espíritus de la Sabiduría que donan. Aire viviente y obrante es revelación de la virtud donadora de

los espíritus del macrocosmos. Solamente considera el aire correctamente quien se dice a sí mismo: Yo percibo aire, pero en realidad es lo que los Espíritus de la Sabiduría donan al entorno, irradian hacia el entorno.

Ahora sabemos de qué estamos hablando al decir que el antiguo Sol se compone de aire. Sabemos qué significa dar: los Espíritus de la Sabiduría derraman su propio ser y éste aparece exteriormente como aire. Pero la mirada del clarividente percibe un hecho curioso que a continuación sucede en el Sol. Por ello, trataremos de elaborar desde nuestra vida anímica, una idea aún más precisa de dicha virtud donadora. Representémosnos el sentimiento que nosotros mismos podemos tener, si a partir de la actitud de entrega logramos compenetrarnos de un conocimiento, de una idea. Tal idea que no es de índole científica, nos transmite siempre una sensación determinada. La mejor sensación de ella se percibe por cierto, desde la perspectiva artística donde la idea de algún modo tiene el impulso de dominar, por ejemplo el color y la forma, es decir, de verterse en el mundo al cual acaba de entregar así una existencia independiente. La naturaleza de semejante capacidad donadora se caracteriza por estar vinculada a la productividad, a lo creativo; pues este donar es en sí mismo creativo. Quien tiene una idea, la cual siente de gran beneficio para el mundo y que ha sido manifestada en ciertas obras de arte, etc., éste sí posee un concepto acertado de la productividad de la virtud donadora. Esto es lo que como aire vive compenetrando el Sol. Como la idea creadora en la cabeza del artista, cuando se incorpora a la materia - dejando de lado todo lo demás-, así es el ser espiritual del aire. Lo encontramos por doquier donde haya aire. Y esta productividad viviente que existía en el Sol, hizo que se produjera el siguiente hecho.

Recordemos que en el antiguo Saturno ya habían nacido los Espíritus del Tiempo ; vale decir que en el Sol ya había "tiempo", pues éste vino de Saturno. El tiempo está. De ahí que en el antiguo Sol se da aquella posibilidad de donar, aún inconcebible en Saturno. Piensen Uds. qué sería del donar si no hubiera tiempo; no podría ser, puesto que el donar consiste en dar y recibir. Sin lo último, el donar es inimaginable. Por consiguiente, el donar se compone necesariamente de dos actos: del dar y del recibir, de otra forma carece de sentido. Pero en el Sol, el dar y el recibir se interrelacionan de una manera sumamente extraña; como ya existe el tiempo, la dádiva que se entrega al entorno en el antiguo Sol es guardada en el tiempo, de alguna forma conservada en el tiempo; de modo que los Espíritus de la Sabiduría derraman su ofrenda que permanece en el tiempo. Luego tiene que aparecer algo que la reciba. Pero en relación a los Espíritus de la Sabiduría, esto acontece en un momento posterior. De ahí que los Espíritus de la Sabiduría donan en un momento anterior, y el recibir que necesariamente le corresponde, se efectúa recién más tarde.

Nuevamente, sólo nuestra propia vida anímica nos posibilita una representación correcta de este hecho. Piensen lo siguiente: Uds. están esforzándose por comprender algo o por elaborar algún pensamiento. Finalmente, el pensamiento está. Mañana se acordarán, limpiarán su espíritu, para que los pensamientos de ayer vuelvan a surgir. Por lo tanto, Uds. recogen hoy lo que fue formado ayer. Así sucede en el antiguo Sol, cuando lo anteriormente donado es resguardado para un momento posterior, en que será recibido. ¿Qué es entonces este recibir? También es un acto, un suceso en el antiguo Sol, que se diferencia del otro acontecer sólo porque ocurre más tarde. El dar co-

rresponde a los Espíritus de la Sabiduría. Pero, ¿quién recibe? Para que alguien pueda recibir, primero tiene que haber alguien. Tal como en Saturno, los Espíritus del Tiempo nacen de una especie de alumbramiento, o sea, de los sacrificios de los Tronos ante los Querubines, el acto de donar para el mundo, consumado por los Espíritus de la Sabiduría en el Sol, da lugar al nacimiento de aquellos espíritus que denominamos los Arcángeles. Ellos son los recibidores en el antiguo Sol. Pero su manera de recibir es muy particular; no retienen para sí mismos la dádiva de los Espíritus de la Sabiduría, sino que la reflejan, tal como el espejo refleja la imagen de Uds. Es así que los Arcángeles en el Sol tienen la misión de recoger en un momento posterior, lo que fue donado con anterioridad, y que de este modo sigue estando más tarde, cuando entonces es reflejado por ellos. Tenemos así en el Sol un dar anterior y un recibir posterior, pero esto último como reflejo de lo que hubo en un tiempo precedente.

Imagínense Uds. que la tierra no fuera como es ahora, y que existiera la posibilidad que se reflejara en este momento lo que había ocurrido en un tiempo anterior. Sabemos que algo similar sucede realmente. Nosotros vivimos en el quinto período postatlante, en el cual reflejan los acontecimientos del tercer período, del antiguo tiempo egipcio - caldeo. Lo que hubo antes, ha sido recogido y es reflejado ahora. Es una especie de repetición del dar y recibir en el antiguo Sol, cuando los Espíritus de la Sabiduría fueron, en los tiempos solares más lejanos, los dadores, los donadores y frente a ellos los Arcángeles como los recibidores. Así se da origen a algo muy especial, cuya única representación acertada sería la imagen de una esfera interiormente cerrada y de su centro irradia algo que es donado y llega hasta la periferia desde donde

es reflejado nuevamente hacia el centro. En la superficie, por el lado interior de la esfera, se hallan los Arcángeles que lo reflejan. Por afuera, no se imaginen Uds. nada. Por lo tanto, lo que proviene de los Espíritus de la Sabiduría, es irradiado desde un centro hacia todos los lados y es recogido y reflejado luego por los Arcángeles. ¿Qué es esta dádiva de los Espíritus de la Sabiduría que refleja hacia el interior del espacio? ¿Qué es la sabiduría irradiada y devuelta en sí misma? Es la luz. De este modo, los Arcángeles son, al mismo tiempo, los creadores de la luz. La luz tampoco es lo que nos muestra la ilusión exterior, sino donde aparece luz se trata de las dádivas reflejadas de los Espíritus de la Sabiduría. Y los seres que suponemos por doquier detrás de la luz, son los Arcángeles. De ahí que decimos: detrás del rayo fluyente de luz que nos toca están los Arcángeles; pero ellos tan sólo pueden hacer manar la luz hacia nosotros, porque reflejan lo que afluye hacia ellos, que es la virtud donadora de los Espíritus de la Sabiduría.

Así es como obtenemos una imagen del antiguo Sol. Nos representamos algo como una sede central donde se encuentra reunido todo lo que vino del antiguo Saturno: los actos de sacrificio de los Tronos ante los Querubines y, absortos en su contemplación, los Espíritus de la Sabiduría. La visión de los sacrificios los induce a emanar lo que constituye su propio ser; un torrente de sabiduría fluyente como virtud donadora. Pero, por estar compenetrado de tiempo, lo irradiado es devuelto otra vez, y así tenemos un globo interiormente iluminado por la virtud reflectante; es que el antiguo Sol no brilla hacia afuera, sino hacia adentro. Con ello se ha creado algo nuevo que podemos describir de la siguiente manera: los Espíritus de la Sabiduría sentados en el centro del Sol, absortos en la contemplación de los Tronos sacrifican-

tes e impulsados, por la visión de los Tronos que ofrendan, a irradiar lo que es su propio ser y que vuelve hacia ellos reflejando desde la superficie; así lo reciben nuevamente como luz. Todo está compenetrado de luz. Pero, ¿qué les es devuelto por aquellos que reflejan recibiendo? Al entregarlo, su propio ser que había sido su interior se ha convertido en ofrenda para el macrocosmos. Ahora refleja: su propio ser viene desde afuera a su encuentro. Ellos ven su propio interior distribuido por sobre el mundo entero y devuelto desde afuera como luz, como reflejo de su propio ser.

Ahora tenemos dos polaridades, una interior y una exterior. Lo anterior y lo posterior se transforman, convirtiéndose en interior y exterior. ¡Ha nacido el "espacio"! Por la virtud donadora de los Espíritus de la Sabiduría nace el espacio en el antiguo Sol. Antes, la palabra "espacio" no podía sino tener un significado imaginativo. Ahora existe el espacio, pero por de pronto sólo en dos dimensiones: aún no hay ni arriba ni abajo, ni derecha ni izquierda, únicamente exterior e interior. En realidad, estas polaridades ya aparecen al final del período saturnal, pero se repiten en el antiguo Sol en su verdadero significado de creadoras de espacio.

Y si ahora queremos formarnos una idea de todos estos procesos, similar a la de la vez pasada, a la imagen de los Tronos que sacrificando dan nacimiento a los Espíritus del Tiempo, entonces no pensamos en un cuerpo constituido de luz, puesto que esta luz aún no resplandece hacia afuera; solamente existe en el interior, en la actividad reflectante. Representémosnos en cambio una esfera como espacio interior en cuyo centro, por de pronto, se repite la imagen de Saturno: los Tronos como espíritus que ofrendan su propio ser arrodillados ante los Querubines, los seres alados; uniéndose a ellos los Espíritus de la Sabiduría absortos en la contemplación del sacrificio. Y luego surge la visión del ardor inmanente al sacrificio que se transforma por la entrega de los Espíritus de la Sabiduría, manifestándose para los sentidos como humo de sacrificio, como aire que se eleva desde el acto de sacrificio. La imagen se completa de esta manera: los Tronos que ofrendan arrodillados ante los Querubines y uniéndose al sacrificio, rodeándolo, los Espíritus de la Sabiduría entregados a la contemplación del sacrificio de los Tronos en el centro del Sol; en su actitud de entrega llegan a formar la imagen del humo de sacrificio que se expande hacia todas partes, que emana y finalmente se concentra creando desde sus nubes las figuras de los Arcángeles. Desde la periferia, éstos reflejan como luz la dádiva del humo de sacrificio, iluminando el interior del Sol, devolviendo lo donado por los Espíritus de la Sabiduría y creando así la esfera del Sol. Donando, ella consiste en ardor y humo de sacrificio. En la extrema periferia se hallan los Arcángeles, los creadores de la luz, que reproducen más tarde lo que existe primero en el Sol; esto necesita tiempo, pero luego vuelve como luz. ¿Qué es lo que guardan los Arcángeles? Ellos guardan lo anterior; reflejan las dádivas que reciben de los Espíritus de la Sabiduría; pero lo que fue en el tiempo lo devuelven como espacio; reflejándolo como espacio devuelven lo que ellos mismos habían recibido, por medio de los Arcai, los Principados. De ahí que son los Angeles del Principio, porque hacen que actúe en tiempos posteriores lo que hubo antes. ¡Son Arcángeles, los Mensajeros del Principio!

Es maravilloso cuando semejante palabra vuelve a surgir desde el verdadero conocimiento oculto y nos hace reflexionar cómo nos fue llegando a partir de tradiciones antiquísimas, pasando por la escuela de Dionisio el Aeropaguita, que fue un discípulo de Pablo. Es maravilloso

ver la composición de esta palabra que, al desarrollarla de nuevo, independientemente de lo que está escrito, hace que aparezca lo que hubo antes. Esto debe generar en nosotros la más profunda veneración y nos sentimos unidos con las antiguas, sagradas escuelas de la sabiduría y ciencia iniciática; es como si lo antiguo, al aprehenderlo con comprensión, se vertiera en nuestra alma, después de que nosotros mismos creamos la posibilidad de acogerlo, independientemente de lo antiguo. Quien tenga, aunque sea un poco de sensibilidad para aquello que resuena en las antiguas expresiones transmitidas por la tradición, sin tomarlas en sí mismas en cuenta, se sentirá inmerso en el obrar de los Espíritus del Tiempo a través del espíritu humano. Es una manera maravillosa de sentirse unido con toda la evolución humana, un sentirse seguro ante estas cosas.

Los Arcángeles guardan el recuerdo de los principios. Pero lo que existió en cualquiera de los planetas se repite en un tiempo posterior, sólo que lo posterior siempre le agrega algo nuevo; es así que de alguna forma volvemos a encontrar la esencia del Sol en lo que aparece en nuestra Tierra.

Toda esta representación, toda la sensación anímica que hemos hecho nuestra y que nos transmite una imagen de los Tronos que sacrifican, de los Querubines que reciben la ofrenda, del ardor que emana del sacrificio, del humo de sacrificio que se expande como aire, de la luz reflejada por los Arcángeles que guardan para tiempos posteriores lo acaecido en los orígenes: esta sensación es algo capaz de generar en nosotros la comprensión correcta de todo lo que se encuentra relacionado con las creaciones nacidas, precisamente, desde semejante sensación del alma.

Así hemos concebido de una manera más bien espiritual y desde un ámbito que califiqué de anímico, lo que en ocasiones anteriores obtuvimos mediante una imagen preeminentemente física. Y veremos que de este ámbito nace la entidad que en la Tierra aparece como el Cristo; tan sólo comprenderemos lo que esta entidad de Cristo trae a la Tierra, si hacemos nuestro el concepto de la virtud donadora, de la virtud que genera gracia al volver como reflejo en la luz del universo que compenetra e ilumina la substancia interior de lo solar. Cuando elevamos lo recién descripto a una imagen, la que a su vez transformamos en una imaginación pensando que por aquel ser todo esto ha sido traído a la Tierra y vive en ella, entonces llegaremos a percibir con una profundidad aún mayor, la verdadera esencia espiritual del impulso crístico. Comprenderemos el vago presentimiento que, quizás, alberga el alma humana, cuando vislumbra ante alguna representación de esta índole que, en cierto modo, puede resucitar en la Tierra lo que acabamos de describir.

Imaginémosnos que lo que dijimos acerca del Sol fuera concentrado, comprimido y llevado enteramente en el alma de un solo ser para que vuelva a surgir en un momento posterior y que reapareciera en la Tierra y obrara, trayendo el extracto del efecto de gracia que resulta de todo lo creado a partir del remotísimo acto de sacrificio y del humo de sacrificio, a partir del tiempo creador de luz y de la virtud donadora y reflejándolo desde el universo de la bienaventuranza de calor, del esplendor de luz. Imaginemos ésto concentrado en el alma de un solo ser y él lo entrega a la vida terrestre y reúne en torno suyo a aquellos que ahora, como seres terrenales, han de ser llamados a reflejarlo, a resguardarlo para el resto de la existencia de la Tierra. En el medio, el que dona desde el sacrificio y mediante el sacrificio, alrededor

de él los que han de recibirlo; unido a su vez a todo esto lo que es el sacrificio mismo y lo relacionado con él, como traducido a condiciones terrestres. Por el otro lado, la posibilidad de destruir este sacrificio, de modo que el efecto de gracia destinado al ser humano puede ser tanto recibido como rechazado. Representándonos esto como una intuición encarnada, llegaremos a la sensación que puede nacer ante "La Ultima Cena" de Leonardo da Vinci –aprehendido desde lo anímico– el Sol entero con los seres que sacrifican, con lo seres que donan virtud, con los seres de la bienaventuranza de calor y del esplendor de luz, reflejado por los elegidos a guardar de los tiempos anteriores para los tiempos posteriores y preparado para la Tierra, porque también puede ser rechazado a través del traidor.

Así es posible percibir la esencia de la Tierra, en tanto que en ella renace la esencia del Sol. Acercándonos a ello, no de un modo exterior, intelectual, sino con una sensibilidad auténticamente artística, aprehendemos algo de la verdadera fuerza motriz detrás de una obra de arte tan grandiosa que reproduce, de alguna manera, el extracto de la existencia terrestre. La próxima vez, cuando veremos cómo crece el Cristo desde el ámbito solar, comprenderemos aún mejor lo que ya dije más de una vez: si un espíritu de Marte descendiera a la Tierra quizás no entendería nada de ella, ante tantas cosas incomprensibles que vería; pero, dejando obrar sobre él la "Ultima Cena" de Leonardo da Vinci, sí comprendería la verdadera misión de la Tierra. El habitante de Marte se daría cuenta entonces, cómo la existencia solar debe de haber sido misteriosamente insertada en la existencia terrestre y así se echaría luz sobre todas las explicaciones que recibiera acerca del significado de la Tierra. Comprendería que la Tierra significa algo y sabría de qué se trata, se diría a

sí mismo: posiblemente sucedan cosas en la Tierra que sólo importan a un determinado rincón de su existencia. Pero, porque realmente pudo ser representado este acto, que resplandece hacia mí desde los colores, cuando mi mirada abarca a la vez la figura central y las que la rodean, por esto siento lo que percibieron los Espíritus de la Sabiduría en el Sol y lo que aquí vuelve a resonar en las palabras: "¡Haced esto en memoria mía!". Conservar lo anterior en lo posterior, el sentido de estas palabras se hace comprensible recién desde el contexto universal que acabamos de conocer. Tan sólo he querido señalar cómo algo de la índole de una obra artística de primerísimo rango, está relacionado con todo el devenir de los mundos.

Nuestra tarea para la próxima vez será comprender la entidad del Cristo desde la esencia espiritual del Sol, para pasar después al ser espiritual de la Luna.

TERCERA CONFERENCIA
Berlín, 14 de Noviembre de 1911

En nuestras dos últimas conferencias tratamos de demostrar cómo, detrás de todos los fenómenos físico-materiales de nuestro mundo se oculta lo espiritual. Sucesivamente caracterizamos lo espiritual que se halla detrás de las manifestaciones caloricas y de las del aire fluyente. Para describir las condiciones espirituales subyacentes en lo material, lo que nos obligó a remontarnos a un pasado muy antiguo y muy remoto de nuestra evolución, tuvimos que mirar dentro de nuestra propia vida del alma; ya que, necesariamente, hay que sacar de algún modo las representaciones de las que nos servimos para caracterizar algo. Palabras solas no son suficientes, sino que precisamos representaciones bien determinadas. Hemos visto que las circunstancias espirituales a las que nos referimos, se encuentran en parte tan alejadas de lo que el ser humano experimenta en la actualidad, de lo que éste puede saber hoy en día, que tuvimos que recurrir incluso a estados muy singulares, a condiciones en absoluto comunes dentro de nuestra propia vida anímica, dentro de nuestra propia vida espiritual. Así descubrimos la esencia más profunda de las manifestaciones caloricas e igneas, muy lejos de lo que es la exteriorización física de fuego y calor. Sin duda alguna, al hombre del presente no puede sino parecerle grotesco que, como esencia de todos los fenómenos caloricos e igneos del mundo, se haya reconocido el sacrificio, el sacrificio de

entidades bien definidas que encontramos en un determinado estado de su evolución, durante la antigua incorporación saturnal de la Tierra, el sacrificio de los Tronos que en aquel entonces ofrendaron a los Querubines. Y dijimos que semejante sacrificio, tal como a la sazón tomó su punto de partida en la evolución universal, existe en realidad en todo lo que se nos presenta como maya o ilusión en las manifestaciones exteriores de calor y fuego.

De la misma manera reconocimos la vez pasada que, también detrás del llamado aire fluyente o gases fluyentes, hay algo que viene de épocas muy, muy lejanas; es lo que hemos denominado "virtud donadora", el acto de derramar abnegadamente el propio ser, realizado por ciertas entidades espirituales. Esto está en cada soplo de viento, en todo aire fluyente. Es que la percepción física exterior realmente no es nada más que una ilusión, es maya; y recién cuando avanzamos desde maya hacia lo espiritual, obtenemos la representación correcta. En lo verdadero del mundo no existen ni fuego ni calor ni aire, así como el hombre tampoco está en la imagen que le refleja el espejo. Del mismo modo que, en relación al ser humano, una imagen en el espejo no deja de ser una ilusión, así también el fuego o el calor o el aire son ilusiones, y las verdades detrás de ellos guardan la misma proporción con la realidad que el hombre verdadero con su imagen en el espejo. En el mundo de lo verdadero no hemos de buscar ni fuego ni aire, sino sacrificio y virtud donadora.

Cuando al sacrificio se unió la virtud donadora - por decirlo así -, ascendimos de la antigua vida saturnal a la antigua vida solar. Dentro de ésta, es decir, dentro de la segunda incorporación cósmica de nuestra Tierra, encontramos algo que nos acercará otro paso más a las verdaderas circunstancias de nuestra evolución. Y hoy tenemos

que introducir nuevamente un concepto que pertenece al mundo de lo verdadero, frente al mundo de la ilusión; es decir, antes de pasar a las condiciones propiamente dichas de la evolución, elaboraremos un concepto determinado, para lo cual partimos de lo siguiente.

Cada acto que el ser humano ejecuta en la vida exterior se basa, por regla general, en un impulso de su voluntad. Haga lo que haga, un movimiento de mano o la acción más grande, en todo hay subyacente un impulso volitivo, del cual parte lo demás que lleva a un acto, a una realización del hombre. Por de pronto, éste dirá: a una acción fuerte y vigorosa, destinada a traer mucho bien y mucha bendición, corresponde un impulso volitivo fuerte, y a un acto menos significativo, un impulso volitivo débil. Y por lo general, el ser humano se inclinará a suponer que la magnitud de la acción depende de la fuerza del impulso de la voluntad.

Pero solamente hasta cierto grado es correcto que conseguimos grandes cosas en el mundo, cuando fortalecemos nuestra voluntad. A partir de un punto determinado deja de ser así. Por extraño que parezca, ciertos actos que realiza el ser humano, actos que se refieren ante todo al mundo espiritual, no dependen del fortalecimiento de nuestros impulsos volitivos. Sin duda, en el mundo físico, en el que vivimos por de pronto, la magnitud de la acción dependerá de la magnitud del impulso de la voluntad; para lograr más, tenemos que esforzarnos más. Pero en el mundo espiritual, no es en absoluto así, sino que ocurre todo lo contrario. Allí sucede que los actos más grandes, mejor diríamos, los efectos más grandes, no requieren el fortalecimiento del impulso positivo de la voluntad, sino más bien, una cierta resignación, una renuncia. Esto vale hasta para los hechos puramente espirituales más pequeños. No alcanzamos un determinado efecto espiritual desplegando nuestras ansias al máximo, tampoco siendo lo más expeditivos posible, sino que en el mundo espiritual, logramos ciertos efectos si dominamos nuestros deseos y apetencias y renunciamos a su satisfacción.

Supongamos que un ser humano pretende lograr algo en el mundo mediante ciertos efectos espirituales interiores. Para ello tiene que prepararse, aprendiendo ante todo a reprimir sus deseos, sus apetitos. Mientras que en el mundo de lo físico uno se hace más fuerte, por ejemplo, comiendo bien, alimentándose bien, – ¡esto solamente es una descripción y no un consejo! – en el mundo espiritual se consigue, en cierta forma, algo importante justamente guardando ayuno o haciendo otra cosa para refrenar, para dominar los deseos y apetencias. Y a los efectos espirituales más grandes, digamos, a los efectos mágicos, corresponde siempre una preparación que está relacionada con una renuncia a deseos, apetitos, impulsos volitivos que surgen en nosotros. Cuanto menos "queremos", cuanto más dejamos que la vida fluya, sin desear esto o lo otro, tomando las cosas tal como el Karma las pone en nuestro camino, es decir, cuanto más aceptamos el Karma y sus efectos, y permanecemos tranquilos en la renuncia a todo lo demás que quisiéramos lograr para esta vida, tanto más nos fortalecemos, por ejemplo, en relación con los efectos de nuestros pensamientos.

Un ser humano, por ejemplo, un maestro o educador de mucha avidez quien, ante todas las cosas, ama comer, beber bien y que también es ansioso en otros aspectos, verá que las palabras que dirige a sus alumnos, carecen de efecto; entran en un oído y salen por el otro. El atribuirá la culpa a sus alumnos, pero esto no es siempre así. Al-

guien, con una concepción de vida superior, que vive con moderación y come únicamente lo necesario para mantenerse vivo, que procura, ante todo, aceptar las cosas enviadas por el destino, se dará cuenta, poco a poco, que sus palabras adquieren más vigor; es más, hasta su mirada puede llegar a tener una gran fuerza, y ni siquiera le hará falta mirar; le bastará permanecer al lado del alumno con algún pensamiento estimulante, no exteriorizado, que se transmitirá a aquél. Todo esto depende del grado de renuncia, de resignación, que gana el hombre frente a aquello que comúnmente desea.

El camino correcto para actuar en lo espiritual, para lograr efectos espirituales en los mundos superiores, es aquel que pasa por la renuncia. A este respecto existen muchos engaños; y los engaños no conducen a los efectos correctos justamente porque en lo exterior son tan parecidos. Uds. conocen todo lo que en la vida común se denomina ascetismo, mortificación de sí mismo. En muchos casos, esta automortificación se convierte directamente en un placer voluptuoso, al cual, por ejemplo, el individuo recurre por avidez de grandes logros o, impulsado por algún otro deseo, por la voluptuosidad misma. Si es así, el ascetismo carece de efecto; pues únicamente adquiere significancia como fenómeno concomitante de una renuncia enraizada ya en lo espiritual. Este, precisamente, es el concepto que queremos hacer nuestro: el concepto de la renuncia creadora, de la resignación creadora. Es extraordinariamente importante incorporar esta renuncia, esta resignación creadora que puede ser vivida en el alma, como una representación que no tiene nada que ver con la vida cotidiana; de esta manera, nos adentraremos un paso más en la evolución de la humanidad; puesto que en el transcurso evolutivo sucede algo así, por ejemplo, en la transición de las condiciones solares a las de la Luna. Algo como un resignarse acontece entre las entidades de los mundos superiores, que sabemos unidas al devenir de la evolución terrestre. De ahí que dirigiremos nuevamente nuestra mirada hacia el antiguo Sol, pero no sin llamar antes la atención sobre un hecho que, si bien es conocido, no obstante, hasta este momento, nos habrá parecido enigmático en varios aspectos.

Repetidas veces, reparamos en procesos evolutivos que tenemos que atribuir a entidades que han quedado rezagadas en el curso de la evolución. En este sentido, sabemos de la intervención de las entidades luciféricas en la humanidad terrestre. Reiteramos, que durante la evolución terrestre, dichas entidades luciféricas intervienen en nuestro cuerpo astral, porque no alcanzaron el nivel evolutivo que podrían haber logrado en el antiguo período lunar. A menudo recurrimos a la comparación trivial de que no solamente los alumnos de nuestros colegios repiten la clase; también los seres universales en la gran evolución cósmica, no pasan de su grado evolutivo e intervienen más tarde en los niveles de evolución de otras entidades, con efectos similares a los que las entidades lucifericas rezagadas en la antigua Luna provocaron en el ser humano terrestre.

Fácilmente se podría pensar ahora que, en el fondo, ellas son entidades llenas de defectos, los débiles de la evolución universal; si no, ¿por qué quedaron suspendidas? Semejante pensamiento es posible, pero también puede surgir este otro: jamás el hombre habría alcanzado su libertad, su capacidad de resolución propia, si las entidades luciféricas no se hubieran quedado rezagadas en la Luna. De manera que el ser humano debe a los seres luciféricos, por un lado y en mal sentido, los deseos, ins-

tintos, pasiones, radicados en su cuerpo astral que, en el curso de la evolución, lo hacen descender continuamente de cierta altura, atrayéndolo hacia regiones inferiores de su existencia. Por otra parte, si no fuera que el hombre pudiera caer en el mal, desviarse del bien, por la fuerza de las entidades luciféricas en su cuerpo astral, no tendría jamás lo que denominamos libertad de voluntad, el libre albedrío. Vale decir: también nuestra libertad se la debemos a los seres luciféricos. De esto se desprende, por lo tanto, que la concepción unilateral de considerarlos tan sólo causantes del descenso humano, no corresponde a la verdad; más bien hay que ver su retraso como algo bueno, sin lo cual el hombre no habría obtenido nunca su dignidad humana, en el verdadero sentido de la palabra.

Ahora bien, lo que a nuestros ojos se presenta como un rezagarse de las entidades luciféricas y ahrimánicas, se basa en algo mucho más profundo, algo que –si bien ya aparece en el antiguo Saturno–, se manifiesta allí de una manera tan poco perceptible, que prácticamente en ningún idioma existen palabras para caracterizar lo que subyace en este fenómeno, en el período saturnal. En cambio, cuando avanzamos a la antigua existencia solar, lo podemos describir con toda claridad recurriendo al concepto de resignación, de renuncia, el cual elaboramos al comienzo, ya que siempre hay una resignación o renuncia por parte de seres superiores que subyace con el rezagarse de ciertas entidades y sus efectos. En este sentido vemos que en el Sol ocurre lo siguiente: dijimos que los Tronos, los Espíritus de la Voluntad, ofrecen su sacrificio a los Querubines. Como vimos la vez pasada, no sólo ofrendan durante la época saturnal, sino que continúan en la solar. Así que también allí aparece la imagen de los Tronos, los Espíritus de la Voluntad, sacrificando ante los Querubines. Y este acto de sacrificio constituye la esencia de to-

das las manifestaciones caloríficas e ígneas existentes en el mundo.

Si retrocedemos en la Crónica del Akasha hasta el período solar, percibimos con claridad lo siguiente: los Tronos sacrifican y persisten en esta actividad; de modo que vemos a los Tronos que ofrendan y también a los Querubines hacia los cuales se eleva el sacrificio, y que acogen dentro de sí, lo que emana de éste como calor. Pero hay cierto número de Querubines que actúan de otra manera: renuncian al sacrificio, no aceptan la ofrenda. Por ello tenemos que ampliar la imagen que evocamos la vez pasada.

Esta imagen representa a los Tronos que sacrifican y a los Querubines que reciben su sacrificio. Pero están también aquellos Querubines que lo rechazan, que devuelven lo que asciende hacia ellos como sacrificio. Es sumamente interesante observar este suceso en la Crónica del Akasha. Por el hecho de que en cierta forma, afluye la virtud donadora de los Espíritus de la Sabiduría al calor de sacrificio, asciende durante el período solar el humo de sacrificio, del cual dijimos que luego es reflejado en forma de luz por los Arcángeles, desde la extrema periferia del Sol. Pero ahora percibimos aún otra cosa, algo muy distinto, dentro del antiguo espacio solar: no solamente el humo de sacrificio que es reflejado por los Arcángeles como luz, sino también el que es rechazado por los Querubines, de modo que éste parece refluir, refrenarse, formando nubes de sacrificio detenidas en el espacio solar. Sacrificio que asciende, sacrificio que desciende; sacrificio que es aceptado, sacrificio que es resignado, que vuelve en sí mismo. Donde se encuentran estas formaciones espirituales de nubes en el antiguo espacio solar, se origina algo así como una capa divisoria entre

aquellas dos dimensiones del Sol que, anteriormente, denominamos lo exterior y lo interior. Así que tenemos en el centro, a los Tronos que sacrifican, después a los Querubines en las alturas, que aceptan el sacrificio, luego a aquellos que no lo aceptan, sino que lo refrenan. Este refrenar genera algo como una nube anular; y finalmente, en el extremo exterior, tenemos las masas de luz reflejadas.

Represéntense Uds. esta imagen de un modo bien viviente: vemos el antiguo espacio solar, la antigua masa solar, una especie de esfera cósmica, fuera de la cual no hay nada; es decir, nos representamos el espacio, únicamente hasta los Arcángeles. En su centro, tenemos el anillo que se va formando por el encuentro de los sacrificios aceptados y rechazados. A partir de estos sacrificios, aceptados y rechazados, se genera algo dentro del antiguo Sol, que podemos denominar una duplicación de toda la substancia solar, un expandirse. Hoy día, hay una sola figura exterior comparable con el Sol de aquella época remota, que es nuestro Saturno actual: la esfera circundada de un anillo, donde las masas de sacrificio refrenadas se proyectan hacia dentro, hacia lo que es el centro, y lo que se halla afuera, se ordena allí como una masa anular. Resulta así que, en el fondo, la substancia solar es dividida en dos partes por la potencia de las fuerzas de sacrificio.

Ahora, ¿qué efecto se produce por el hecho de que ciertos Querubines renuncian al sacrificio? Con esta pregunta nos acercamos a un capítulo extremadamente difícil, y tan sólo meditándolo lentamente Uds. comprenderán lo que encierran los conceptos que expondremos a continuación. La única manera de descubrir las realidades en que se basan los conceptos dados, es reflexionar largamente sobre ellos. La resignación que mencionamos tie-

ne que ser relacionada con algo que vimos generarse en el antiguo Saturno, es decir, con el nacimiento del tiempo. Nos dimos cuenta de que, en el fondo, el tiempo nace recién durante aquel período, con los Espíritus del Tiempo, los Arcai y que carece de sentido hablar de "tiempo" antes del antiguo Saturno. Si bien se trata de una repetición, no obstante podemos decir: el tiempo perdura. El concepto de "perdurar" ya implica tiempo. Por lo tanto, las palabras "el tiempo perdura" quieren decir lo siguiente: al observar los estados saturnal y solar en la Crónica del Akasha, encontramos en Saturno el origen del tiempo, y en el Sol el hecho de que el tiempo también existía. Ahora bien, si todas las circunstancias hubieran proseguido su curso, tal como las describimos anteriormente con relación a Saturno y Sol, el tiempo se habría convertido en un elemento inmanente en todo acontecer evolutivo; ningún evento de la evolución se concebiría sin él. Hemos visto que los Espíritus del Tiempo nacieron en el antiguo Saturno y que el tiempo fue implantado en todo. Y cada una de las ideas acerca de la evolución que, hasta ahora, nos hemos formado en imágenes e imaginaciones, tiene que ser relacionada con el tiempo. Si hubiera ocurrido únicamente lo que mencionamos nosotros, el sacrificio y la virtud donadora, todo estaría supeditado al tiempo. Nada existiría que no estuviera supeditado a él. Vale decir, todo estaría supeditado al nacer y perecer, lo cual forma parte del tiempo.

Ciertos Querubines renunciaron al sacrificio y, con ello, a lo inmanente al humo de sacrificio, porque así se sustraen a sus propiedades. Una de las características preeminentes del humo de sacrificio es el tiempo, y junto con él, devenir y perecer. Por lo tanto, la renuncia al sacrificio significa que estos Querubines se independizan de las condiciones temporales. Pasan más allá de los límí-

tes del tiempo, no se someten a él. Por consiguiente, en cierta forma se dividen las condiciones reinantes durante el período solar, en el sentido de que determinadas circunstancias que, en línea recta, continúan su proceso desde Saturno, quedan supeditadas al tiempo como sacrificio y virtud donadora; las otras, en cambio, que fueron introducidas por los Querubines y su renuncia al sacrificio, se arrancan del tiempo e incorporan así la eternidad, la duración, el no sometimiento al devenir y perecer. Estamos ante algo sumamente notable: en el curso de la antigua evolución solar sobreviene una separación en tiempo y eternidad. Durante el período solar y gracias a la renuncia de los Querubines, fue conquistada la eternidad como una cualidad de ciertas circunstancias que se dieron en el Sol.

Así hemos visto, por un lado, que dentro de nuestra alma se generan determinados efectos, porque el hombre aprende a renunciar y a resignar, y por el otro, descubrimos –limitándonos por de pronto al antiguo Sol– que ciertas entidades divino-espirituales conquistaron la inmortalidad, la eternidad, porque renunciaron al sacrificio y a aquello que podía provenir de las dádivas diseminadas de la virtud donadora. Vimos que en Saturno nace el tiempo y que, durante la evolución solar, ciertas condiciones son arrancadas de su dominio. Ahora bien, les ruego tengan en cuenta lo que dije anteriormente, que esto se prepara ya en el período saturnal; por lo tanto, la eternidad no comienza recién en el Sol; pero es en la época solar, cuando todo esto se manifiesta con la claridad suficiente como para ser expresado en conceptos. En Saturno, la separación de eternidad y tiempo es tan poco perceptible, que la falta de precisión de nuestros conceptos y palabras no permite caracterizar este fenómeno como perteneciente ya a la evolución saturnal.

De esta manera, conocemos ahora el significado de la resignación, de la renuncia de los Dioses y la conquista de la inmortalidad durante la antigua época solar. ¿Cuál es entonces, la consecuencia ulterior de esto?

La "Ciencia Oculta" que, en cierto sentido, tuvo que circunscribirse todavía al ámbito de maya, enseña que la evolución solar fue seguida por la lunar, y que al final del período solar, todo lo existente se sumergió en una especie de crepúsculo, en un caos cósmico, para reaparecer luego como Luna. Así surge el sacrificio otra vez como calor; es decir, lo que también en el Sol fue calor, lo sigue siendo en el estado lunar. Lo que es virtud donadora, renace como gas, como aire. E igualmente continúa la resignación; la renuncia al sacrificio se halla implícita en cada uno de los procesos lunares. Realmente es así: lo que nosotros vivimos como resignación obra como fuerza proveniente del Sol en todo lo existente en la Luna; como fenómeno del mundo exterior, en cambio, sabemos que hay otra cosa. Lo que fue sacrificio, aparece en maya como calor; lo que fue virtud donadora, aparece en maya como gas o aire. Y lo que es resignación, se presenta en maya exterior como líquido, como agua. El agua es maya, y no habría agua en el mundo sin su fundamento espiritual de renuncia o resignación. ¡Donde hay agua, hay renuncia de los Dioses! En verdad, tal como el calor es una ilusión y detrás de él está el sacrificio, tal como el gas o aire es una ilusión y detrás de el está la virtud donadora, así también el agua como substancia, como realidad exterior, no es sino una ilusión sensoria, una imagen reflejada; lo que de ella existe, en lo verdadero, es que ciertas entidades renuncian a lo que otras les ofrecen. Uno quisiera decir: tan sólo puede correr agua en el mundo, cuando subyacente hay resignación. Sabemos entonces que en la transición del período solar al lunar, las condiciones aé-

reas se densificaron, transformándose en acuáticas; el agua aparece recién en el estado lunar; en el Sol, todavía no existía. Las masas de nubes aglomeradas de la época solar, se comprimen, se condensan, se convierten en agua que aparece en la Luna, formando el Mar Lunar.

Teniendo esto en cuenta, al menos estaremos en condiciones de comprender la siguiente pregunta que podría suscitarse. De la resignación nace el agua; agua es en realidad resignación. Obtenemos así un concepto espiritual muy singular de lo que esencialmente es el agua. Ahora cabe preguntar: ¿debe haber una diferencia determinada entre el estado que habría surgido sin la resignación previa de los Querubines y aquél que de hecho, surgió como resultado de su renuncia? ¿Hay algo en que se manifiesta esta diferencia? Efectivamente, lo hay. Se manifiesta a través de las consecuencias de la resignación que aparecen, con toda claridad, durante el período lunar. Si no hubiera habido resignación, si los respectivos Querubines, en vez de renunciar, hubieran aceptado el sacrificio, entonces –hablando imaginativamente– el humo del sacrificio estaría incorporado en su propia substancia; sus acciones se habrían puesto de manifiesto en aquel humo de sacrificio. Supongamos que estos Querubines hubieran llevado esto o aquello a cabo. Vistos desde afuera, dichos actos se habrían exteriorizado en los cambios de las nubes, del aire; o sea, en la forma exterior del aire se habría expresado lo que los Querubines que no resignarían, habrían hecho con la substancia de sacrificio. Pero, la realidad es que la rechazaron y que por ello pasaron de la mortalidad a la inmortalidad, de la temporalidad a la duración. Y, por de pronto, la substancia de sacrificio está; de alguna forma, se encuentra liberada de las fuerzas que, de lo contrario, la habrían incorporado; está, sin tener que obedecer a los impulsos de los Querubines, puesto que ellos la apartaron, la rechazaron. ¿Qué sucede entonces con esta substancia de sacrificio? Ocurre que se apoderan de ella otros seres, que se independizan de los Querubines, por el hecho de que dicha substancia de sacrificio no se halla dentro de aquellos. Estos seres se convierten en entidades independientes al lado de los Querubines. En cambio, si estos últimos hubieran acogido la substancia de sacrificio dentro de sí mismos, las otras entidades habrían estado bajo su dirección. Así surge la posibilidad de que acontezca lo contrario de resignación, es decir, que ciertas entidades atraigan hacia ellas la substancia derramada de sacrificio, y actúen dentro de ella. Y estas son las entidades que quedan rezagadas; de manera que el rezagarse es una consecuencia de la resignación de los Querubines. A través del objeto de su renuncia, estos últimos recién ofrecen a los otros seres la posibilidad de rezagarse. Por el hecho de que un sacrificio es rechazado, otras entidades que no renuncian, que manifiestamente se entregan a sus deseos y apetencias, obtienen la oportunidad de apoderarse del objeto, de la substancia de sacrificio, y de colocarse así, como seres independientes, al lado de los demás.

Así es cómo, con la transición del período solar al lunar y con la conquista de la inmortalidad por parte de los Querubines, se han creado las condiciones para que otros seres se separen, con substancialidad propia, de la evolución ulterior de los Querubines y de las entidades inmortales en general. Conociendo, por lo tanto, la causa más profunda del rezagarse, nos damos cuenta de que, en el fondo, la culpa original - si es que queremos hablar de tal culpa– no recae en absoluto sobre los rezagados. He aquí lo importante que llegamos a comprender. Si los Querubines hubieran aceptado el sacrificio, los seres luciféricos no habrían podido rezagarse, por carecer de la

oportunidad de incorporarse en esta substancia. La renuncia previa hizo posible que ciertas entidades se independizaran de dicha manera; es decir, la sabia conducción universal había dispuesto que los Dioses mismos originaran la aparición de sus adversarios. Sin la renuncia de ciertos Dioses, otras entidades no podrían haber ofrecido resistencia. Expresándonos trivialmente, diríamos que los Dioses previeron algo parecido a lo siguiente: si continuamos creando como cuando pasamos de Saturno al Sol, no se generarán jamás seres libres que actúen desde su libre arbitrio. Para que sea posible que nazcan semejantes seres, deben surgir adversarios nuestros en el Universo, debemos encontrar obstáculos dentro de lo que está sometido al tiempo. Si sólo somos nosotros los que disponemos todo, no puede haber oposición. Nos sería muy fácil aceptar la totalidad de sacrificio y subordinarnos así la evolución entera. Pero no lo haremos; queremos seres libres de nosotros, capaces de hacernos frente. De ahí que no aceptamos el sacrificio, para que aquellas entidades, apoderándose de él, se conviertan en nuestros adversarios por nuestra renuncia.

Vemos así que no encontramos la causa del mal entre las llamadas entidades malas, sino entre los llamados seres buenos, cuya resignación recién hizo que se originara el mal, a través de entidades capaces de traerlo al mundo. Cualquiera podría objetar ahora, y ruego que Uds. mediten seriamente este pensamiento: ¡hasta este momento, yo he tenido una opinión más elevada de los Dioses! Hasta este momento pensé que, igualmente, podrían haber creado las condiciones para la futura libertad del ser humano, sin la posibilidad del mal. ¿Cómo puede ser que todos estos buenos Dioses no hayan sido capaces de generar algo así como la libertad humana, sin el mal? En este contexto quisiera recordar a aquel rey español que

consideraba que el mundo era terriblemente complicado, y que por eso dijo una vez que si Dios le hubiera dejado a él a cargo de la creación del mundo, lo habría hecho más sencillo. En su debilidad, el ser humano pensará que el mundo podría ser menos complicado; pero los Dioses lo saben mejor, y por eso no dejaron que el hombre lo creara.

La ciencia cognoscitiva nos permite describir estos hechos más exactamente todavía. Supongamos que hay que apuntalar algo, y se le dice a alguien que esto se logra levantando una columna y apoyando la cosa sobre ella. El otro podría objetar: ¡también debería haber otra forma de hacerlo! –¿Y por qué no?– O bien, en una obra de construcción se necesita una escuadra; alguien podría decir: ¿por qué esta escuadra tendrá que tener sólo tres ángulos? ¡Quizás, algún Dios podría crear una escuadra que no tenga tres ángulos! Pero la idea de una escuadra que no tenga tres ángulos tiene tanto sentido como aquella otra de que los Dioses deberían haber creado la libertad sin la posibilidad del mal y del dolor. Tal como corresponden los tres ángulos a la escuadra, así a la libertad le pertenece la posibilidad del mal, a causa de la resignación de ciertas entidades espirituales. Todo esto forma parte de la resignación de los Dioses que, en base a ella, crearon la evolución desde lo inmortal, luego de haberse elevado a la inmortalidad, justamente, mediante la renuncia al sacrificio, para así conducir al mal nuevamente hacia el bien. Los Dioses no evitaron el mal, que era lo único que podia dar la posibilidad de la libertad. Si los Dioses hubieran evitado el mal, el mundo sería pobre y no multiforme. A causa de la libertad, los Dioses tuvieron que hacer aparecer el mal en el mundo; para ellos mismos, en cambio, tuvieron que conquistar el poder de conducir al mal otra vez hacia el bien. Este poder puede na-

cer únicamente como efecto de la renuncia, de la resig
nación.

Se podría decir que las religiones tienen siempre l
finalidad de señalar en imágenes, en imaginaciones, lo
grandes misterios universales. Hoy hablamos de antiquí
simas fases de la evolución y, al sumar la resignación
los conceptos de sacrificio y virtud donadora, nos hemo
adentrado algo más en lo verdadero, frente a maya e ilu
sión. Imágenes y conceptos semejantes fueron dados
los seres humanos también en las religiones; y dentro d
la religión bíblica hay algo apropiado para ayudar al hom
bre a incorporar el concepto de sacrificio y de resigna
ción, de no aceptación del sacrificio. Es el relato d
Abraham que debe sacrificar a su propio hijo en el alta
del Dios, y de la renuncia de este Dios al sacrificio de
patriarca. Dejando que este concepto de renuncia penetr
nuestra alma, nos hacemos receptivos para pensamiento
como el siguiente, que ya expresé en otra ocasión: supon
gamos que el sacrificio de Abraham se hubiera aceptad
e Isaac hubiera sido sacrificado. Puesto que de él descien
de todo el antiguo pueblo hebreo, Dios, en caso de recibi
el sacrificio, lo habría sacado enteramente de la Tierra.
Mediante su renuncia, Dios entregó a una esfera que está
fuera de El mismo, todo lo que desciende de Abraham,
sustrayéndolo así a su propio ámbito de acción. Si hu-
biera aceptado el sacrificio, habría acogido dentro de sí
a la esfera entera que correspondía al pueblo hebreo, por-
que entonces Isaac habría estado con Dios. Con su renun-
cia, en cambio, cedió esta línea evolutiva a la Tierra. To-
dos los conceptos de resignación, de sacrificio, se nos es-
clarecerán ante la imagen significativa del acto de sacrifi-
cio del viejo patriarca.

Pero también en otro instante de nuestra historia te-

rrestre nos encontramos con esta resignación de entidades
superiores; como ya lo hicimos la vez pasada, señalamos a
ese respecto el cuadro de Leonardo da Vinci, "La Ultima
Cena", porque representa la escena que –por decirlo así–
nos pone ante el sentido de la Tierra, el Cristo. Con el áni-
mo de penetrar todo el significado del cuadro, recorde-
mos las palabras del Evangelio que dicen así: "¿Acaso no
podría convocar a todo un ejército de Angeles, si quisiera
rehuir la muerte de sacrificio?" Lo que el Cristo podría
haber aceptado en este momento, lo que, desde luego, ha-
bría sido una posibilidad muy fácil para El, es rechazado
con resignación y renuncia. Y la renuncia más grande del
Cristo es, cuando admite dentro de su esfera, al adversario
mismo, a Judas. Así se nos permite percibir en el Cristo
Jesús una imagen de aquellas entidades que acabamos de
conocer en un nivel determinado de su evolución, aque-
llas entidades que debieron renunciar al sacrificio y cuya
naturaleza es resignación. El Cristo renunció a lo que ha-
bría ocurrido, si no hubiera admitido a Judas como su an-
tagonista, tal como durante la época solar, resignando, los
Dioses mismos dieron origen y lugar a sus adversarios.
De esta manera, el cuadro en la Tierra nos muestra la re-
petición de este proceso: el Cristo en el medio de los Do-
ce, con Judas que está ahí como el traidor, igual como en
aquel entonces, los adversarios de las potencias cósmicas.
Para que pueda suceder en la evolución lo que es tan in-
mensamente caro a la humanidad, el Cristo debe enfren-
tar El mismo a su adversario. Puesto que "La Ultima Ce-
na" evoca un momento cósmico tan grandioso, cuando
recordamos las palabras: "El que moja el pan conmigo,
éste me traicionará", puesto que nos muestra la imagen
terrestre del antagonista mismo de los Dioses frente a
ellos, por eso, este cuadro causa una impresión tan po-
derosa. De ahí que dije con frecuencia: lo que vería un
habitante de Marte, al descender a la Tierra, tal vez sería

más o menos interesante para él, aún cuando no lo comprendiera del todo. Pero aquel cuadro de Leonardo da Vinci, le enseñaría algo que le permitiría conocer el sentido de la Tierra, a partir de un momento cósmico, relacionado tanto con Marte como con la Tierra, que tiene que ver con el sistema solar entero. Lo que representa el cuadro terrestre tiene significancia para todo el cosmos: ciertas potencias enfrentándose a las potencias divinas e inmortales. Y como en medio de sus apóstoles aparece el Cristo que, en la Tierra, vence a la muerte y demuestra así el triunfo de la inmortalidad, necesariamente tenemos que evocar aquel momento universal significativo, en el cual ciertos Dioses se apartaron del ser temporal y conquistaron la victoria sobre el tiempo, es decir, se hicieron inmortales. Es esto lo que puede sentir nuestro corazón ante "La Ultima Cena" de Leonardo da Vinci.

No digan Uds. ahora que quien ingenuamente se acerca a "La Ultima Cena", desconoce todo lo que hablamos nosotros hoy. No tiene por qué saberlo; ya que lo misteriosamente profundo del alma humana es precisamente que no es necesario saber con el intelecto lo que siente el alma. ¿Es que la flor conoce las leyes, de acuerdo a las cuales crece? Por cierto que no, sin embargo crece. ¿Acaso la flor necesita leyes y el alma humana un intelecto para sentir la presencia de lo inconmensurablemente grande, cuando se está ante un Dios y su adversario, cuando surge ante nosotros lo más sublime que pueda ser expresado, el antagonismo entre lo inmortal y lo perecedero? Cuando el ser humano está delante de este cuadro, que es para él un espejo que le refleja el sentido del mundo, no hay necesidad de saber; esto penetra el alma con fuerza mágica. Para pintarlo, el artista en este sentido, tampoco necesitó ser ocultista. Pero, en el alma

de Leonardo da Vinci, vivían las fuerzas capaces de expresar justamente lo más sublime y significativo. Las grandes obras de arte tienen un efecto tan impresionante por estar profundamente relacionadas con el sentido del orden universal con el cual, en tiempos anteriores, sin saberlo ellos mismos, los artistas estaban vinculados mediante una conciencia opaca. Pero, el arte se extinguiría, quedaría sin continuación, si en el futuro la ciencia espiritual, como conocimiento de estas cosas, no le diera un nuevo fundamento.

El arte subconsciente tiene su pasado, y junto con este pasado, él también ha llegado a su fin. El arte que se hace inspirar por la ciencia espiritual, está al comienzo de su evolución. Es el arte del futuro. Tal como es cierto que el artista de antes no tenía por qué conocer lo subyacente a las obras de arte, así también es verdad que el artista del futuro, sí lo tiene que saber, pero ahora, en base a aquellas fuerzas que representan nuevamente un aspecto del infinito y del contenido real del alma. Sin duda no tiene ciencia espiritual quien la convierta otra vez en ciencia racional, expresándola mediante esquemas y paradigmas; sino que la tiene el que, junto con cada concepto desarrollado –sacrificio, virtud donadora, resignación– junto con cada palabra, sienta algo que haga estallar la palabra, la idea misma, y que, a lo sumo, pueda afluir a las múltiples posibilidades de expresión de la pintura.

Por cierto podrán establecerse esquemas, si es que uno cree que la evolución del mundo transcurre en conceptos abstractos. Los esquemas comienzan a fallar apenas introducimos conceptos vivientes como sacrificio, virtud donadora, resignación. Los Tres Logos, aún pueden ser encuadrados dentro de un esquema, en cuyo caso, su

comprensión no va mucho más allá de las cinco letras. Si queremos representarnos los conceptos de sacrificio, virtud donadora, resignación, necesariamente tenemos que llegar a imágenes semejantes a las que describimos las últimas veces: los Tronos que elevan su sacrificio hacia los Querubines, el humo de sacrificio que se expande, los Arcángeles que reflejan la luz, y así sucesivamente. La próxima vez, cuando pasaremos a la existencia lunar, veremos cómo la imagen se irá enriqueciendo, cómo efectivamente, tendrá que aparecer algo más, algo como la densificación de las masas de nubes refrenadas que se convierten en agua, que lloviznan como masas lunares, y los relámpagos zigzagueantes de los Serafines que se suman a ellas. Recurriremos a representaciones más ricas, frente a las cuales no cabe otra cosa que decir: el futuro de la humanidad encontrará la posibilidad de aportar también el material y los medios artísticos para expresar, para el mundo exterior, lo que de otro modo, tan sólo puede ser leído en la Crónica del Akasha.

CUARTA CONFERENCIA
Berlín, 21 de Noviembre de 1911

Hemos avanzado en un capítulo difícil de nuestra cosmovisión hasta llegar a ver lo espiritual detrás de algunos fenómenos del mundo sensorio. Por de pronto en el exterior se percibe muy poco lo espiritual y no obstante, del mismo modo particular como en nuestra propia vida anímica, esto vive detrás de tales fenómenos que así ocultan actividades, particularidades y propiedades espirituales. Lo que, en la vida común, aparece por ejemplo como cualidad calórica, como calor o fuego, se nos ha revelado como la expresión del sacrificio. En lo que se nos presenta como aire y que, por lo menos para nuestro habitual modo de ver las cosas, no deja entrever tampoco su condición espiritual, descubrimos la virtud donadora de seres cósmicos determinados; y en el agua reconocimos lo que puede denominarse resignación, renuncia.

Como observación al margen, hago constar que las cosmovisiones anteriores, desde luego, vislumbraron y reconocieron ya lo espiritual en lo físico exterior, prueba de lo cual es la palabra "Spiritus" ("Espíritu") como calificación de cierto tipo de substancia especialmente volátil, la que hoy día empleamos como adjetivo "spirituell" ("espiritual, espirituoso"); y en el mundo exterior puede ocurrir que la gente lo relaciona aún muy poco con lo espiritual, lo suprasensible; así fue –como algunos de Uds. sabrán– que hubo una vez una carta dirigida a la

Asociación de Espiritistas de Munich y, por desconocimiento de lo que es una asociación de espiritistas, ella fue entregada al presidente de la Federación Central de Comerciantes en bebidas espirituosas.

Hoy, cuando estudiemos la transición tan significativa que tuvo lugar en la evolución del planeta Tierra, al pasar ésta del antiguo Sol a la antigua Luna, habremos de considerar otra clase de desarrollo de lo espiritual, para lo cual partimos de lo que, la vez pasada, reconocimos como renuncia. Constituye la esencia de esta renuncia, el hecho de que entidades espiritualmente elevadas rehusaron recibir el sacrificio que, de acuerdo a lo que vimos, es fundamentalmente el sacrificio de la voluntad o de la substancia volitiva. Al representarnos que ciertas entidades quieren ofrendar su substancia volitiva y que la renuncia de entidades superiores hace que esta voluntad no sea recibida, comprendemos fácilmente que aquella substancia, en el fondo destinada a ser ofrendada a seres más elevados, no tiene otra salida que quedarse dentro de las respectivas entidades que quieren, pero no pueden sacrificar. Dentro del contexto cósmico resulta así, sin más, que existen entidades dispuestas a consumar su sacrificio, es decir, dispuestas de alguna forma, a entregar con fervor lo que yace en su interior, pero sin poder hacerlo y, por lo tanto, sin otra posibilidad que retenerlo dentro de sí mismas. Dicho de otro modo: por la no aceptación del sacrificio, se les niega a estas entidades una cierta relación con otras superiores, que sí se habría dado, en el caso de que les hubiese sido permitido realizar el sacrificio.

De una forma personificada, quisiera decir, de una forma universal – histórica simbólica, aunque intensificada, se nos presenta el hecho que estamos observando en

la figura de Caín frente a Abel. También Caín quiere elevar su sacrificio hacia su Dios. Pero su sacrificio no es visto con agrado, y el Dios no lo acepta. Al sacrificio de Abel, sí lo acepta. En este caso, nos importa la experiencia interior que puede originarse en Caín, como consecuencia de ver su sacrificio rechazado. Si queremos elevarnos a la altura de comprensión, de la que justamente se trata, no debemos, en absoluto, arrastrar conceptos de significación tan sólo para la vida común, hacia las regiones a las cuales nos referimos aquí. Sería equivocado hablar de culpa o injusticia como causa para el rechazo del sacrificio. En estas regiones, aún no hay ni que pensar en culpa o expiación, en el sentido de nuestra actual vida cotidiana. Más bien, hemos de considerar esta acción como una renuncia, una resignación por parte de las entidades superiores que rechazan el sacrificio. No hay nada de culpa u omisión en lo que caracterizamos como disposición anímica, hace ocho días atrás; por lo contrario, ella encierra toda la grandeza, todo lo significativo que puede ser inherente a una renuncia, a una resignación. No obstante, hay que hacer constar que las otras entidades dispuestas a entregar su sacrificio, generan dentro de sí un ánimo que insinúa algo como un antagonismo incipiente, apenas perceptible, contra los seres que rechazan los sacrificios. En cambio, en el relato de Caín, que se refiere al mismo hecho en una época posterior, aquél tiene un carácter más intensificado. Es que la disposición anímica de Caín no es igual a la de las entidades que pasan del Sol a la Luna, pues en el caso de éstas se trata de otra dimensión. Sólo llegamos a conocer la disposición de ánimo que comienza a reinar allí, escudriñando nuevamente en nuestra propia alma –como hicimos durante las conferencias pasadas–, para buscar en ella una sensación análoga, para encontrar allí las condiciones que insinúen la naturaleza de la disposición de ánimo que debe

haber surgido en aquellas entidades, cuyo sacrificio fue rechazado.

Esta sensación –y con eso nos acercamos más y más a la vida humana terrestre–, mirándola bien, es conocida por cada alma, en su vaguedad y, a la vez, en su forma martirizante, y pertenece plenamente a lo que se tratará, el próximo jueves, en la conferencia pública sobre "Las Profundidades Ocultas de la Vida Anímica". Esta sensación cuya existencia percibe cada alma en lo más hondo de sí misma emerge, de tanto en tanto, a la superficie de la vida anímica y es entonces cuando, quizás, sea menos angustiosa. Pero nosotros, los hombres, vivimos a menudo con esta sensación, sin tener plena conciencia de ella; y sin embargo, está. Quisiera recordar la palabra del poeta, para destacar lo vagamente angustioso, matizado de dolor que la caracteriza: "Tan sólo quien conoce el anhelo, sabe lo que sufro". Se refiere al anhelo como disposición de ánimo. El anhelo, tal como vive en las almas de los hombres, no solamente cuando desean esto o aquello.

Para comprender, desde adentro, lo espiritualmente sucedido durante las fases evolutivas del antiguo Saturno y del antiguo Sol, fue indispensable fijar nuestra atención en estados anímicos especiales que, en el fondo, se dan recién cuando el alma humana comienza a aspirar, cuando se desarrolla hacia aspiraciones superiores. Nos dimos cuenta de ello, al examinar la naturaleza del sacrificio desde nuestra propia vida anímica, al tratar de comprender la sabiduría que adquiere el ser humano, gota a gota, a partir de lo que denominaríamos la disposición de dar, el estar dispuesto a entregarse a sí mismo. Acercándonos, de este modo, a condiciones más terrenales que se habían desarrollado desde estados anteriores, nos encontramos con una disposición de ánimo, en ciertos aspectos similar a la

que experimenta el ser humano aún hoy día. Pero, no hay que olvidarse que nuestra vida anímica entera –por cuanto que el alma está insertada en un cuerpo terrenal–, constituye una capa superior por sobre una vida anímica oculta que transcurre abajo, en las profundidades. ¿Quién ignora acaso la existencia de semejante vida anímica oculta? La vida misma enseña fehacientemente que sí existe.

Para aclarar en algo esta vida anímica oculta, suponemos que a los siete u ocho años, o a otra edad, un niño haya vivido esto o aquello; por ejemplo, que haya sufrido una injusticia –frente a lo cual los niños son, muy a menudo, extremadamente susceptibles –como ser la de haber sido acusado de algo que, en realidad, no cometió. Digamos que haya sido la comodidad del entorno, deseoso de arreglárselas de alguna manera, la que acusó al niño. Los niños poseen una sensibilidad especialmente aguda para cualquier injusticia que se cometa en su contra. Pero, tal como suele ocurrir, luego que esta experiencia haya calado hondo en el alma infantil, la vida posterior se encarga de cubrirla con las demás capas de la existencia anímica y, por lo que respecta a la vida cotidiana, el niño se olvida del asunto que, quizás, no surja nunca más. Ahora, supongamos que a los 15 ó 16 años, el niño sufra otra injusticia, por ejemplo, en el colegio. Y entonces comienza a activarse lo que yace en las profundidades agitadas del alma. El niño, ni siquiera tiene que enterarse; se hará ideas y conceptos totalmente distintos, sin saber que se trata aquí de una reminiscencia de algo vivido en años anteriores. Sin aquel precedente, el niño –supongamos que sea un varón–, se iría a su casa, lloraría un poco, quizás echaría pestes, pero no dejaría de sobreponerse. Mas, el hecho anterior ocurrió –pongo énfasis en que el niño no tiene por qué tener conocimiento de él– y esto obra,

actúa bajo la superficie de la vida anímica, tal como las olas pueden agitarse bajo el espejo aparentemente liso, del mar. ¡Y lo que de otra manera, habría terminado quizás, en un llanto, un quejarse o renegar, desemboca ahora en el suicidio de un alumno! Es así como se proyectan hacia arriba las profundidades ocultas de la vida anímica. La fuerza más importante de las que reinan allí abajo en cada alma, que emerge de tanto en tanto en su forma arquetípica y que, precisamente, surge con más vigor cuando el ser humano no toma conciencia de ella, es el anhelo. Son conocidos los nombres que tiene esta fuerza para el mundo exterior; pero, no dejan de ser denominaciones indefinidas, metafóricas, porque son expresión de relaciones complicadas que, en absoluto, llegan a la conciencia.

Recuerden Uds. un fenómeno sobradamente conocido por todos -quizás menos por la gente de la ciudad que lo conocerán por experiencia de otros-, un fenómeno denominado "nostalgia". Si Uds, averiguaran lo que, en realidad es la nostalgia, se darían cuenta de que varía de un ser humano a otro. Ora es así, ora de otro modo. Alguien añora los cuentos tan queridos que escuchara en la casa paterna; no sabe que extraña su hogar; vive en él un impulso indefinido, un querer indefinido. Otro añora sus montañas o el río con sus olas traviesas, en cuyas orillas solía jugar. El ser humano tiene a menudo poca conciencia de lo que realmente actúa en el alma, pero unimos todas estas características bajo el término de "nostalgia", expresando con ello algo que se manifiesta de mil maneras distintas y que, con todo, se describe de la forma más acertada como una especie de anhelo. De un carácter mucho más indefinido todavía son los anhelos que, tal vez, sean los más martirizantes en la vida. El ser humano no es consciente de que sea el anhelo; sin embargo, de éste

se trata. Pero, ¿qué es el anhelo? Recién lo dijimos: es una especie de impulso volitivo; donde sea que lo observemos, nos damos cuenta de que es una especie de voluntad. Mas ¿qué tipo de voluntad? Es un impulso volitivo que tal como es, no puede ser satisfecho; pues, satisfaciéndolo cesa el anhelo. Un impulso de la voluntad que no tiene posibilidad de concretarse, he aquí lo que denominamos anhelo.

Una disposición de ánimo de esta naturaleza es la que hemos de suponer en el caso de las entidades cuyo sacrificio fue rechazado. Lo que percibimos como anhelo en las profundidades de nuestra vida anímica, es una herencia de aquellos tiempos remotos, de los que estamos hablando ahora. Diversos legados nos han quedado de las antiguas fases de evolución, y la etapa, de la que se trata aquí, nos ha dejado las múltiples clases de anhelo que existen en el fondo del alma, las múltiples clases de impulsos volitivos retenidos, imposibles de apaciguar. Así resulta también que, a causa del rechazo del sacrificio, se generan durante aquel período evolutivo ciertos seres que podemos denominar: seres de voluntad retenida. La necesidad de retener dentro de sí los impulsos de voluntad, los coloca en una situación muy especial. Ya que es prácticamente imposible que los pensamientos lleguen a estos estados, tenemos que recurrir de nuevo a experiencias anímicas propias, para poder sentir y percibir estas cosas.

El ser capaz de sacrificar su voluntad, se funde, en cierta forma, con el otro. En la vida humana, también tenemos la posibilidad de sentir cómo vivimos y existimos dentro de un ser, de sentirnos satisfechos y felices por estar frente a aquél por el cual hacemos ciertos sacrificios, para quien nuestro sacrificio está destinado. Puesto

que aquí hablamos del acto de sacrificio ofrecido a seres superiores, seres más abarcantes, universales, hacia los cuales elevar la mirada es la bienaventuranza suprema de aquellos que ofrendan; es indudable que el anhelo de voluntad que queda retenido, jamás puede ser idéntico como disposición anímica, como contenido anímico, a lo que habrían experimentado, en caso de haber podido sacrificar. Pues, si hubieran tenido la oportunidad de consumar el sacrificio, éste estaría con los otros seres. Valga la siguiente comparación: si los seres de la Tierra y de los otros planetas, pudieran entregar su sacrificio al Sol, estarían con el Sol. Sin la posibilidad de ofrendarlo al Sol, teniendo que retener lo que, de lo contrario, sacrificarían, están consigo mismos, reprimidos dentro de sí mismos.

Al comprender realmente lo que se acaba de resumir en una palabra, notamos que algo se introduce en el universo. Dénse cuenta Uds. de que no hay otra forma de expresarlo que esta: los seres que sacrifican para otro ser, el cual vive dentro de todos ellos, estos seres que estarían entregados a algo universal, ante la no aceptación de su sacrificio, no pueden hacer otra cosa que llevarlo dentro de sí mismos. ¿No perciben Uds. que aquí penetra algo que se llama egoidad, algo que más adelante tomará todas las formas de egoísmo? Esta es la perspectiva desde la cual hay que sentir lo que, una vez vertido dentro de la evolución, vive ulteriormente en los seres como algo heredado. Con el anhelo se prende la chispa del egoísmo, por de pronto en su forma más débil, introduciéndose sigilosamente en la evolución universal. Así es como los seres entregados al anhelo, o sea entregados a sí mismos, a su egoidad, son condenados en cierta forma, a la unilateralidad, a la mera vida dentro de sí mismos, si no hubiera sucedido otra cosa.

Imaginémonos a un ser a quien se le permite sacrificar: éste vive en el otro ser, vivirá en el otro por siempre. Un ser que no tiene la posibilidad de sacrificar, vivirá únicamente dentro de sí mismo; por lo tanto, es excluido de lo que hubiera vivido en los otros, en este caso, en los seres superiores. Excluidos de la evolución estarían los seres respectivos, ya en este momento condenados y relegados a la unilateralidad, si no apareciera algo, irrumpiera algo en el curso evolutivo, que quiere remover la unilateralidad, aparecen seres nuevos que detienen el proceso de condena y confinamiento a la unilateralidad. Como los Seres de la Voluntad en Saturno, los de la Sabiduría en el Sol, así hacen su aparición en la Luna, los Espíritus del Movimiento - "movimiento", no en el sentido espacial, sino más bien, de la naturaleza de un pensamiento-. Es conocida la expresión "transcurso de los pensamientos" (en alemán: "movimiento de pensamientos"), por más que ésta se refiere solamente al transcurrir, al fluir de los propios pensamientos; pero, Uds. ya se darán cuenta, de la necesidad de recurrir a otra cosa, si queremos formarnos una idea más abarcante del movimiento, de recurrir a algo más allá del simple movimiento en el espacio que constituye tan sólo una clase específica del movimiento total. Cuando muchos hombres se hallan entregados a un ser superior, quien se manifiesta, en cierto modo, en todos ellos, porque recibe sacrificios de cada uno de ellos, entonces, los muchos viven y están apaciguados en el uno. Pero, si sus sacrificios son rechazados, los muchos viven dentro de sí mismos, sin poder encontrar satisfacción. Es cuando aparecen los Espíritus del Movimiento y, en una cierta manera, conducen hacia las demás entidades a aquellos seres que, de otro modo, se tendrían únicamente a sí mismos, relacionándolos con los demas. Por de pronto, los Espíritus del Movimiento no se limitan a promover los cambios de lugar, si-

no ellos generan algo, que hace que un ser establezca relaciones siempre nuevas con otros seres.

Obtenemos una idea de lo que se ha alcanzado ahora, en este nivel de la evolución cósmica, fijándonos nuevamente en una disposición de ánimo análoga. ¿Quién ignora acaso que el anhelo, cuando perdura, cuando persiste en un ser humano, no debe sufrir ningún cambio? ¿Quién ignora lo martirizante de su naturaleza y su manera de proscribir al hombre a un estado cada vez más intolerable, el cual, en el caso de personas chatas, se transforma luego en el llamado "aburrimiento"? Mas el aburrimiento que por lo general es privativo de las personas chatas, conoce toda la gama de grados intermedios, hasta los niveles que caracterizan a las almas grandes y nobles; su propia naturaleza exterioriza como anhelo lo que vive en ellas y que no puede encontrar satisfacción en el mundo exterior. ¿Y qué es lo que más apacigua al anhelo si no es el cambio? Prueba de ello es que los seres que sienten el anhelo tratan de relacionarse con entidades siempre distintas. A menudo el tormento del anhelo es superado cuando se entablan continuamente nuevas relaciones con otras entidades.

Así es como durante la fase lunar de la Tierra, los Espíritus del Movimiento introducen el cambio, el movimiento, la relación con siempre nuevas entidades o siempre nuevos estados en la vida de los seres anhelantes que, de lo contrario, quedarían desolados y el aburrimiento es también una especie de desolación. El movimiento espacial, el movimiento de lugar, no es sino una clase específica de este movimiento más abarcante, del cual hablamos recién. Hay un movimiento, cuando somos capaces de tener por la mañana un determinado contenido de ideas en el alma, y –sin la necesidad de quedarnos con él–,

podemos pasar a otra cosa. Superamos así la unilateralidad en el anhelo, sustituyéndola por la diversidad, por el cambio y el movimiento de lo vivido. Afuera, en el espacio, no se trata de otra cosa que de un tipo específico de este cambio.

Dentro de este contexto, representémonos un planeta frente a un Sol. Si aquél quedara sin moverse, siempre en la misma posición frente al Sol, entonces permanecería en un estado de unilateralidad que se debe exclusivamente al hecho de volver siempre el mismo lado hacia el Sol. Es cuando aparecen los Espíritus del Movimiento y, con la intención de producir un cambio en su estado, llevan al planeta alrededor del Sol. El cambio de lugar no es sino un tipo determinado del cambio genérico. Y con el cambio de lugar, los Espíritus del Movimiento introducen en el cosmos tan sólo una variante específica de lo que es el movimiento en general.

Pero, al movimiento y al cambio introducidos por los Espíritus del Movimiento en el universo, tal como lo hemos conocido hasta este momento, tiene que sumarse otra cosa más. Hemos visto que en este devenir, en toda esta diversidad que comprende la evolución de los Espíritus del Movimiento, de los Espíritus de la Personalidad, de los Espíritus de la Sabiduría, de la Voluntad, y así sucesivamente, vive asimismo lo substancial que es la "virtud donadora", el fluir de lo irradiado como sabiduría que, como elemento espiritual, subyace al aire, a la corriente de gas. Uniéndose con la voluntad transformada en anhelo, se convierte, en el interior de aquellas entidades, en el fenómeno que el ser humano ya conoce, aún no como pensamiento, sino como imagen. Lo que más se le asemeja, es la imagen que surge en el hombre cuando está soñando. La imagen efímera, fluida del sueño, nos

transmite una idea de lo que sucede cuando un ser en el cual vive la voluntad como anhelo, es relacionado con otros seres por la acción de los Espíritus del Movimiento. Al ser conducido hacia el otro ser, su propia egoidad que vive en él, le impide entregarse enteramente. Pero sí puede recoger la imagen efímera del otro, que cobra vida dentro de él como una visión de ensueño. He aquí las imágenes que emergen y fluyen en el alma, es decir, el origen de la conciencia imaginativa que se ha ido formando en el curso de esta etapa evolutiva. En esta fase de nuestra evolución, nosotros, los seres humanos, aún no poseemos nuestra actual conciencia yoica terrestre y, por consiguiente, nada tampoco de lo que conseguimos ahora a través de nuestro Yo; vivimos y existimos en el universo, con algo que reside dentro de nosotros, y de lo cual hoy en día, sólo nos hacemos una idea si conocemos el anhelo.

Dejando de lado estados de padecimiento como se dan en la Tierra, posiblemente lleguemos a la conclusión de que aquéllos no podrían ser de otro modo que como dice la palabra del poeta: "Tan sólo quien conoce el anhelo, sabe lo que sufro". En aquel entonces se introducen, de cierta manera, dolor y sufrimiento, desde luego en su forma anímica, también en nuestras entidades y las de otros seres relacionados con nuestra evolución. Es la actividad de los Espíritus del Movimiento que llena, con el bálsamo de las imágenes, el interior de aquellas entidades que sufre el anhelo y que, de lo contrario, quedaría vacío. De no ser así, su alma estaría vacía; vacía de todo lo que no fuera el anhelo. Mas ahora, se vierte en ellas el bálsamo de las imágenes que llena de diversidad la desolación y el vacío, salvando así a estos seres de su existencia de confinamiento y condenación.

Si tomamos estas palabras en serio comprendemos

al mismo tiempo, el fondo espiritual de lo que se desarrolló durante la etapa lunar de nuestra Tierra, y que luego, al superponérsele la fase terrestre de nuestro ser, ha bajado a lo más profundo de nuestro subsconciente. Como se mostrará, de una forma popular, en la conferencia pública de pasado mañana, esto sigue actuando en las profundidades de nuestra alma, igual que los remolinos en el fondo del mar que originan las olas que se agitan en la superficie; actúa allí, sin que sepamos las causas de aquello que luego aparece en nuestra conciencia. Bajo la superficie de nuestra conciencia yoica común se desarrolla una vida anímica de semejante naturaleza que emerge de tanto en tanto. Y cuando surge, ¿qué es lo que dice al hombre? Tomando en cuenta el fondo cósmico de esta vida subconsciente, podemos decir: la vida anímica que sube desde las profundidades del alma, es la exteriorización de algo perteneciente a la fase lunar de nuestra evolución, que se ha introducido en lo que se ha ido formando dentro de nosotros durante la etapa terrestre propiamente dicha. Observando la interacción de nuestra naturaleza lunar con nuestra naturaleza terrenal, comprendemos la verdadera causa que impulsó espiritualmente el paso de la antigua Luna a la existencia terrestre.

Considerando que de acuerdo con nuestra descripción, era necesario que continuamente surgieran imágenes que apaciguaran un vacío, verán Uds. cómo se perfila una idea de un gran peso y de una gran significación: la idea del alma humana anhelante, en su vacío atormentador lleno de añoranza, el alma humana cuyo anhelo es apaciguado o armonizado por la sucesión de imágenes que, a su vez, tan sólo pueden surgir en reemplazo de otras imágenes. Y cuando estas imágenes han permanecido un rato, se asoma desde las profundidades, otra

vez el viejo anhelo, para ser llevado por los Espíritus del Movimiento, hacia nuevas imágenes. Y ellas están por un cierto momento, y luego vuelve el anhelo exigiendo nuevas imágenes. Ante una vida anímica de esta naturaleza hay que decir algo muy significativo: cuando el anhelo es apaciguado tan sólo por medio de imágenes que corren tras otras imágenes, es la infinitud que fluye y fluye sin fin. Lo único que puede ocurrir ahí, y es preciso que ocurra, es que las imágenes que fluyen hacia lo infinito, sean reemplazadas por algo capaz de redimir el anhelo, no mediante imágenes, sino mediante realidades. Dicho con otras palabras: la incorporación planetaria de nuestra Tierra, que corresponde a la etapa en que las imágenes traídas por la actividad de los Espíritus del Movimiento son el medio para apaciguar el anhelo, ha de ser relevada por aquel otro período planetario de la Tierra que ciertamente denominaremos la fase de la redención. Veremos todavía que la Tierra debe ser llamada el "Planeta de la Redención", mientras que su incorporación planetaria anterior, la existencia lunar, es el "Planeta del Anhelo", un anhelo, si bien susceptible de ser satisfecho, pero cuyo proceso de apaciguamiento desemboca en una infinitud sin ningún fin. Durante esta vida, mientras vivimos con nuestra conciencia terrenal que -como sabemos-, es la que nos trae la salvación a través del Misterio del Gólgota, emerge desde las profundidades del alma, aquello que continuamente clama por redención. Es como si arriba se movieran las olas de la conciencia común, y abajo, muy hondo en el mar de la vida anímica, se halla el fondo de nuestra alma que se manifiesta como anhelo, como algo que, consumado el sacrificio, quiere subir siempre hacia aquel ser universal que, de una vez, apacigua el anhelo, que otorga satisfacción, no en una interminable sucesión de imágenes, sino de una sola vez.

El hombre de la Tierra ya siente estos estados de ánimo y, con mucho, son los mejores cuando precisamente, pasan por el sentimiento. En el fondo, los seres humanos que en nuestro tiempo y en total concordancia con nuestra época especial, sienten el anhelo, son los que se acercan a nuestro movimiento científico-espiritual. Afuera en la vida, los hombres adquieren conocimientos que en todos sus detalles satisfacen su conciencia común; pero, desde el subconsciente emerge lo que, en cuanto a los detalles, jamás puede ser satisfecho, lo que ansía por el sentido central de la vida. Tan sólo una ciencia universal, que no se ocupa exclusivamente de los detalles, sino de la vida en su totalidad, puede darnos este sentido central. De acuerdo a las características de nuestro tiempo, tiene que responder a lo que se mueve en las profundidades del alma y que quiere ser traído a la conciencia, la reflexión sobre la existencia universal que vive en el mundo; de no ser así, emerge del fondo del alma aquello que anhela lo que jamás alcanzará.

En este sentido, la ciencia espiritual responde a los anhelos que viven en las profundidades del alma. Ya que todo lo que sucede posteriormente en el mundo, tiene sus hechos precedentes; por eso, no nos ha de extrañar que un ser humano fuera devorado por fuerzas anímicas, por de pronto fuera del alcance de su conciencia, que se manifiestan como anhelo, mientras que si viviera actualmente, trataría de apaciguar el poder de su anhelo a través de la ciencia espiritual. Como él vivió en una época anterior en que no existía la sabiduría espiritual y, por lo tanto, no hubo posibilidad de que él la tuviera, es como si se desesperara por ella, como si sufriera un ansia perpetua por ella, sin poder comprender la vida, justamente porque era un espíritu eminente. Hoy día existe algo que, una vez vertido en su alma, habría apaciguado

el anhelo de imágenes que sólo sirven para recubrir la desolación ; en cambio, él ansiaba que aquellas cesaran por completo, y tanto más lo ansiaba, cuanto más poderosa y más veloz era la sucesión de imágenes. De acuerdo con lo que dijimos recién, ¿no nos parecerá la voz de este ser humano como la manifestación de un espíritu que vive en una época, aún carente de la sabiduría espiritual, la que se vierte como un bálsamo en el alma anhelante especialmente cuando escuchamos lo que escribe a otro?

"¿Quién en este mundo, quisiera ser feliz? Casi diría ¡qué vergüenza, si tú quieres serlo! ¡Oh, hombre noble, cuán estrecho de miras hay que ser, para aspirar a algo aquí, donde todo termina con la muerte. Nos encontramos, nos amamos por tres primaveras. y por una eternidad volvemos a alejarnos el uno del otro! ¡Y qué es digno de aspiración, sino el amor! ¡Ay, debe haber aún otra cosa que amor, felicidad, gloria y x, y, z, algo con lo cual nuestras almas ni siquiera sueñan!"

"¡No puede ser malo el espíritu que está al frente del mundo, tan sólo incomprendido! ¿Acaso no sonreímos, cuando los niños lloran? ¡Piensa, pues, esta perpetua duración! ¡Miríadas de períodos de tiempo, cada cual una vida, y para cada cual un mundo como éste! ¿Cómo se llamará la estrellita que aparece sobre Sirio, cuando el cielo está despejado? ¡Y todo el vasto firmamento, tan sólo una partícula de polvo frente al infinito! Oh, Rühle, dime, ¿es un sueño? Cuando de noche estamos acostados de espaldas, entre dos y dos hojas de tilo, una perspectiva, un vislumbre, de una riqueza más grande de lo que pensamientos pueden abarcar y palabras expresar. ¡Ven, hagamos algo bueno y muramos! Una de las millones de muertes que ya morimos y que aún moriremos. Es como si pasáramos de un cuarto a otro. ¡Mira,

el mundo me parece como encajado: lo pequeño es similar a lo grande!". De una carta de Heinrich von Kleist, en el año 1806. Así es como el anhelo, que él fue capaz de expresar con semejantes palabras, impulsa a este espíritu a escribir a un amigo, un espíritu que no tuvo aún la posibilidad de apaciguar su anhelo, mediante los contenidos que están al alcance del hombre moderno, si es que se acerca, con entendimiento enérgico, a la ciencia espiritual. Nos referimos a aquel espíritu que, hace exactamente cien años, puso fin a su vida, matando de un tiro primero a su amiga, Henriette Vogel, y luego a sí mismo, y que yace en la tumba solitaria a orillas del Wannsee que, hace cien años, se cerró sobre su envoltura.

Es una notable coincidencia, quisiera decir, del Karma, el haber hablado de la disposición de ánimo que, con mucho, es la que mejor caracteriza a aquello que resulta de la interacción de los sacrificios de voluntad retenidos en el anhelo, del apaciguamiento de este anhelo, que únicamente pudo venir de los Espíritus del Movimiento, y del ansia de una satisfacción definitiva, posible ésta, tan sólo, en el Planeta de la Redención. Es una notable coincidencia kármica que, después de nuestro programa corriente, hayamos hablado sobre este tema, justamente en un día que nos trae el recuerdo de un espíritu, que fue capaz de expresar este anhelo indefinido con las palabras más sublimes, convirtiéndolo, finalmente, en la acción más trágica, en la exteriorización más trágica del anhelo que pueda haber. ¿Y cómo no darnos cuenta de que este espíritu en su ser íntegro, tal como está ante nosotros, no es sino la incorporación viviente de lo que actúa en el fondo del alma y cuyo origen hallamos en el pasado, aún más allá de la existencia terrestre, si es que queremos reconocerlo? ¿No ha sido Heinrich von Kleist quien describió de la manera más signifi-

cativa, lo que puede vivir en un ser humano, y lo que también figura ya en las primeras páginas de "La Conducción Espiritual del Hombre y de la Humanidad", cuando habla de aquello que va más allá del hombre mismo, que lo impulsa y que éste podrá reconocer recién más tarde, a no ser que antes haya puesto fin a su vida?

Recordemos su "Penthesilea": ¡Cuánto más hay en Penthesilea de lo que ella misma alcanza a entender con su conciencia terrenal! Imposible comprenderla en toda su peculiaridad, si no admitiéramos que su alma es infinitamente más amplia que aquella pequeña alma limitada –por grande que sea–, que ella abarca con su conciencia terrestre. De ahí surge la necesidad de una situación que introduzca lo subconsciente artificialmente en el drama; es más, todo el proceso de cómo Kleist la hace llegar hasta Aquiles, debe estar enteramente fuera del alcance de la conciencia común; de lo contrario, no sería posible que viviéramos lo trágico de la obra. Penthesilea es conducida ante Aquiles como prisionera, pero ella, engañada, cree que él es su prisionero. Por esa razón, él es "su" Aquiles. Lo que vive en la conciencia despierta ha de ser sumergido en lo no consciente.

¡De qué manera singular se entremezcla lo subconsciente en una acción como la de "Das Käthchen von Heilbronn", (Catarina de Heilbronn) especialmente en la relación tan particular entre Käthchen y el Conde Wetter von Strahl! Esta no se desarrolla en la conciencia despierta, sino en las regiones más profundas del alma, donde reinan fuerzas ignoradas por el ser humano, que pasan de uno a otro. Comprendiéndolo, percibimos lo espiritual que reside en las fuerzas comunes de gravitación y atracción del mundo. ¿Sienten Uds. cómo lo inmanente a las fuerzas del universo domina, por ejemplo, la escena cuando Käthchen está frente a su adorado? Ahí se pone de manifiesto lo que vive en el subconsciente y que a su vez está emparentado con lo existente afuera en el universo y que la ciencia ha calificado tan seca y sobriamente de "fuerzas de atracción, etc. de los planetas". Pero, cien años atrás, ni siquiera para un espíritu penetrante y anhelante, fue factible sumergirse en este subconsciente. En cambio hoy en día esto mismo constituye una necesidad.

Es por eso que en la actualidad se nos aparece lo trágico de un "Príncipe de Homburg", de un modo totalmente diferente. Quisiera saber cómo las mentes abstractas, que derivan las acciones humanas enteramente del intelecto, explican una figura como el Príncipe de Homburg que realiza todas sus proezas, sumido en una especie de estado de ensueño, incluso la hazaña que finalmente trae la victoria. Kleist hace constar claramente que, con su conciencia despierta, tampoco podría haberla conquistado y que, a juzgar por su conciencia despierta, ni siquiera es un hombre particularmente grande; pues más adelante, lloriquea ante la muerte. Recién recobra su valor, cuando un impulso especial de su voluntad hace surgir lo que vive en las profundidades de su alma.

Lo que el ser humano posee como herencia de su conciencia lunar, es algo que la ciencia abstracta no debe traer a la superficie; en cambio, es absolutamente necesario que emerja gracias a los conceptos multiformes, sutiles, que trae la ciencia espiritual, conceptos que aprehenden las cosas espirituales con entera y omnímoda flexibilidad. Lo más grande se liga con lo mediano y lo común.

Reconocemos así que la ciencia espiritual enseña de

qué manera los estados anímicos que hoy en día experimentamos, se han ido formando en el cosmos, en el universo. Al mismo tiempo, reconocemos que tan sólo las experiencias de nuestra propia alma pueden transmitirnos una idea de lo que espiritualmente subyace a las cosas. Comprendemos también la necesidad de que en nuestro tiempo llegara, para satisfacer lo que anhelaron los hombres en épocas anteriores, y cuánto anhelaron ellos lo que recién nuestro tiempo puede dar. Y ante semejantes seres humanos que, en el pasado, se encontraban perdidos frente a los anhelos de su corazón que el mundo no podía apaciguar, constituye, de alguna manera, un acto de veneración recordar que toda vida humana forma un todo, y que el hombre de hoy tiene la oportunidad de dedicar su vida a aquellos movimientos espirituales que los seres humanos, tal como demuestran sus destinos, ya habrían necesitado hace mucho tiempo.

Así se nos permite, en cierta forma, señalar la ciencia espiritual como la portadora de la redención del anhelo humano, justamente en el centenario de la muerte trágica de uno de los hombres más anhelantes, en un día que nos recuerda que, desde hace largo tiempo, los contenidos de la ciencia espiritual han sido reclamados por los seres humanos, con vehemencia e igualmente con melancolía. Este es un pensamiento válido y, quizás, también antroposófico, en el centenario de la muerte de uno de los más grandes poetas alemanes.

QUINTA CONFERENCIA
Berlín, 5 de Diciembre de 1911

En el curso de una serie de reflexiones, observamos que lo espiritual está detrás de todo lo que llamamos maya o la gran ilusión. Una vez más nos preguntaremos: ¿cómo fue que llegamos a descubrir lo espiritual detrás de los fenómenos en derredor nuestro, que son accesibles, en primera instancia a nuestros sentidos y a nuestra percepción físico-sensoria del mundo?

Nuestra forma específica de caracterizar lo espiritual nos obligó, en cierto modo, en el curso de las conferencias pasadas, a eliminar de nuestro campo visual las manifestaciones más próximas del mundo exterior y a penetrar hasta determinadas cualidades de lo real, que denominamos voluntad de sacrificio, virtud donadora, resignación o renuncia; todas ellas son cualidades que podemos conocer tan sólo escudriñando dentro de nuestra propia alma y que, por de pronto, parecen atribuibles únicamente a ésta. Ante la necesidad de asignar propiedades como las nombradas a algo que sabemos que existe como lo real, como lo verdadero detrás del mundo de la ilusión, tenemos que decir lo siguiente: en este mundo de la existencia verdadera, en este mundo de lo real, vive aquello cuyas cualidades son, en el fondo sólo comparables con las de nuestra propia alma. Por ejemplo, cuando respecto a su verdad, caracterizamos lo que se manifiesta exteriormente en la irradiación de calor, como acto de sacrificio,

como sacrificio fluyente en el mundo, no hicimos otra cosa que remitir el elemento de calor a algo espiritual eliminando, de alguna forma, el velo externo de la existencia y mostrando lo que en el mundo de afuera es igual a lo espiritual dentro de nosotros mismos.

Antes de continuar con nuestras reflexiones, hay que considerar aún otra idea: ¿se desvanece, por lo tanto, en una especie de nada, absolutamente todo lo existente en el mundo de maya o de gran ilusión? ¿Realmente, no hay nada en este mundo sensorio que nos rodea y en el mundo de nuestra percepción exterior que se manifieste, por así decirlo, como lo verdadero o algo verdadero?

Sería, por cierto, una buena comparación si dijéramos lo siguiente: el mundo de la verdad, el mundo de la realidad se encuentra por de pronto oculto, igual que las fuerzas interiores de un estanque o del mismo océano se ocultan en la masa de agua; por consiguiente, compararíamos el mundo de maya con el juego de las olas en la superficie. La comparación sería buena; pero justamente nos demuestra que, no obstante, emerge algo de aquello que está en las profundidades del océano, y que genera arriba el juego de las olas; eso es lo substancial del agua y, asimismo, una cierta configuración de fuerzas. De ahí que no importa si recurrimos a esta u otra comparación; pero si es válida la pregunta: ¿habrá algo en el vasto reino de maya o ilusión que sea "real"?

Procederemos hoy de la misma manera que las veces pasadas; poco a poco nos acercaremos a lo que queremos aprehender, tomando como punto de partida ciertas experiencias interiores de nuestra alma. Y en efecto, por haber avanzado espiritualmente a través de las existencias de

Saturno, Sol y Luna hasta la terrestre, a la cual llegamos ahora, nos basaremos en experiencias anímicas aún más cercanas, aún más comunes que la última vez. El otro día partimos de las profundidades ocultas de la vida del alma, de la sensación que surge desde aquello que la ciencia espiritual nos ha hecho conocer como nuestro cuerpo astral. Sentimos cómo emerge el anhelo, vimos cómo éste trabaja en los seres – por de pronto en nosotros, o sea, en el ser humano– y cómo es el anhelo que hace que la vida del alma encuentre satisfacción tan sólo en la aparición de aquel mundo de imágenes, que se nos reveló como el movimiento interior de la vida anímica misma. Fue así que descubrimos el camino desde el alma individual microcósmica hasta el obrar universal macrocósmico, propio de los Espíritus del Movimiento.

Hoy partiremos de una experiencia todavía más cercana del alma, sobre la cual se llamó la atención ya en la antigua Grecia y que, en su verdad, sigue siendo profundamente significativa aún en la actualidad; esta experiencia se insinúa cuando se dice que toda filosofía, o sea, toda aspiración hacia un determinado saber humano, parte del asombro. Efectivamente, eso es correcto. Quien reflexiona, aunque sea un poco, y repara en el proceso que se desarrolla dentro de su alma, cuando se acerca a algún tipo de conocimiento, se percatará, a través de su propia experiencia, de que todo camino sano hacia el saber tiene su punto de partida, invariablemente, en el asombro, en el maravillarse de alguna cosa. Este asombro, este maravillarse, del cual ha de partir cada proceso cognoscitivo, pertenece justamente a aquellas experiencias anímicas que subliman y vivifican todo lo prosaico. Pues, ¿cómo sería un saber, al cual accede nuestra alma y que no partiera del asombro? Sería, en verdad, un saber enteramente prosaico y doctrinario. Mas lo sublime e interiormente

viviente del acto cognoscitivo, reside justamente en aquel proceso anímico que lleva del maravillarse a la felicidad suprema deparada por la solución de los enigmas, y que se había iniciado sobre la base del asombro. Deberíamos sentir lo reseco y desecante de un conocimiento que – por decirlo así – no esté flanqueado por estas dos sensaciones anímicas. El asombro y la felicidad por el enigma resuelto constituyen el marco del verdadero y sano saber; todo otro conocimiento puede haber sido adquirido desde afuera, buscado por el ser humano por esta o aquella razón. Pero un saber que no esté enmarcado por dichas sensaciones, no se ha generado verdadera y seriamente en el alma humana. El aroma del saber, que constituye la atmósfera de lo viviente en el conocimiento, parte de estas dos cosas, del asombro y de la felicidad por el asombro satisfecho.

Pero ¿cuál es el origen del mismo asombro? ¿Por qué surge en nuestra alma el asombro, o sea, el maravillarse de alguna cosa exterior? Surge porque, en un principio, nos sentimos extraños frente a un ser, una cosa o un hecho cualquiera que se nos presenta. La extrañeza es el primer elemento en el camino hacia el maravillarse, hacia el asombrarse. Pero no nos asombramos, no nos maravillamos ante todo lo desconocido, sino únicamente frente a aquello con lo cual, no obstante, sentimos cierta afinidad; una afinidad tal que hace surgir la idea: algo hay en esta cosa o en este ser que todavía no está dentro de mí, pero que bien puede entrar en mí. Vale decir, nos sentimos familiares y extraños a la vez ante una cosa que, en un primer momento, aprehendemos maravillándonos, asombrándonos.

La palabra "maravillarse" (Verwunderung) tiene que ver con "la maravilla", "el milagro" (Wunder); y así denominamos un acontecimiento, con el cual el hombre, en un principio, no es capaz de establecer cognoscitivamente ninguna relación de afinidad, hecho que no es sino un problema enteramente personal o, al menos puede ser que lo sea. Y él mismo no adoptaría tampoco ninguna actitud de rechazo frente a lo que llama "un milagro", si no fuera que no obstante, pretendiera encontrar de alguna manera, un acceso a ello, es decir, descubrir algún parentesco entre ambos. Pues, ¿por qué los seres humanos que se apoyan en conceptos materialistas o meramente racionales, niegan lo que otros reconocen como un milagro, si no poseen pruebas fehacientes de que se trata de una mentira o un engaño? Hoy en día, incluso los filósofos tienen que admitir que es imposible comprobar desde los fenómenos del mundo que, por ejemplo, el Cristo encarnado en Jesús de Nazareth, no haya resucitado. Existen argumentos en contra. ¿Pero qué pasa con ellos? ¡Lógicamente no son sostenibles! Eso ya es admitido por ciertos filósofos ilustrados del presente. Es que las razones de los materialistas cuando afirman, por ejemplo, que todas las personas que ellos han conocido hasta ahora no resucitarán, por de pronto, como el Cristo, están lógicamente a la misma altura del argumento con el cual alguien que jamás haya visto otra cosa que peces, quiere demostrar, a partir de la naturaleza de los peces, que no existen los pájaros. No hay razonamiento lógico que justifique deducir de una clase de entidades, la no existencia de otra. Tampoco es posible sacar conclusión alguna – en el sentido de un milagro – sobre los acontecimientos en el Gólgota, en base a experiencias que pueden hacerse con los seres humanos en el plano físico. En cambio, si Uds. transmiten a alguien una cosa que, aunque fuera verdad, éste tendría que denominar un milagro, diciendo que no la comprende, no habría contradicción con lo que explicamos acerca del concepto del asombro, por lo contrario,

su actitud demuestra claramente que este punto de partida de todo saber vale también para él; puesto que exige cierta afinidad entre él mismo y lo que se le transmite. Pretende que, de alguna manera, esto se convierta en su propiedad en lo espiritual, y como cree que no puede ser suyo, que no hay ningún parentesco entre ambos, lo rechaza. Incluso, acercándonos hasta el límite, hasta el mismo concepto de milagro, veríamos que el maravillarse o asombrarse, punto de partida de toda filosofía, ya en el sentido de los antiguos griegos, se basa en que el hombre está frente a algo extraño que, no obstante, tiene que reconocer como emparentado con él. Tratemos ahora de establecer un puente entre estos conceptos y lo que profundizamos la vez pasada.

La última vez señalamos cierto progreso en la evolución, por cuanto había seres dispuestos a ofrendar, a consumar sus sacrificios, los cuales fueron rehusados, rechazados; reconocimos en los sacrificios rechazados uno de los hechos principales que tuvieron lugar durante el antiguo período lunar. Forma parte de lo más esencial de la evolución de la Luna, el que ciertos seres de aquel entonces debían ofrecer su sacrificio a entidades superiores, quienes renunciaron a recibirlo, de manera tal que, en cierto modo, el humo de sacrificio de los antiguos seres lunares se elevaba hacia las entidades superiores, sin ser aceptado por ellas; en cambio, fue devuelto y reintegrado como substancia, en las entidades dispuestas a sacrificar. Vimos que la particularidad de los seres de la antigua Luna consistía, en gran medida, en que ellos sentían repelida dentro de sí mismos, esa parte suya que hubieran querido enviar como substancia de sacrificio, hacia determinadas entidades superiores. Es más, vimos que aquello que quería pero no podía ascender hacia las entidades superiores, quedó retenido en el interior de los respectivos seres del sacrificio rechazado y, por consiguiente, se fue convirtiendo en ellos en la fuerza del anhelo. Toda manifestación de anhelo en nuestra propia alma sigue siendo todavía hoy una herencia de los antiguos procesos lunares, que consistieron en que, en aquel entonces, ciertos seres se encontraron con que sus sacrificios no fueron recibidos. El carácter entero de la evolución lunar, desde el punto de vista espiritual, toda la atmósfera espiritual de la antigua Luna, se puede caracterizar en muchos aspectos señalando, que allí hay seres con la voluntad de ofrendar, pero que se hallan ante la no aceptación de su sacrificio, a causa de la resignación de las entidades superiores. El sacrificio rechazado: he aquí el extraño y melancólico rasgo principal de la atmósfera de la antigua evolución lunar. Y el sacrificio rechazado de Caín, que se refiere simbólicamente a uno de los puntos de partida de la evolución de nuestra humanidad terrestre, aparece como una especie de repetición de la característica fundamental del período lunar, la cual vuelve a desarrollarse en el alma de Caín, originada por la no aceptación de su sacrificio. Es algo que se convierte para nosotros en símbolo de un sufrimiento y de un dolor, que generan el anhelo, lo mismo que ocurrió con los seres de la antigua existencia lunar.

La vez pasada vimos ya que la aparición de los Espíritus del Movimiento en la antigua Luna establece, de algún modo, una compensación entre los sacrificios no aceptados y el anhelo que este rechazo hizo surgir en las entidades respectivas. Así se creó por lo menos, la posibilidad de que el anhelo nacido en los seres del sacrificio rehusado fuese, de cierta manera, apaciguado. Con toda vivacidad imagínense Uds. lo siguiente: tenemos las entidades superiores, destinatarias de la ofrenda, pero ellas rechazan las substancias de sacrificio. A raíz de ello, se

origina el anhelo en los seres que querían ofrendar y que sienten ahora esto: ¡si hubiera podido consumar mi sacrificio, lo mejor de mi ser estaría con aquellas entidades superiores, yo mismo viviría en ellas; así, en cambio, me encuentro excluido de esas entidades! ¡Yo estoy aquí y ellas están allí! Empero -y lo siguiente puede tomarse casi literalmente-, los Espíritus del Movimiento orientan a estos seres, en los cuales el sacrificio rechazado ha encendido el anhelo por las entidades superiores, colocándolos en situaciones que les permiten acercarse desde los más diversos lados a dichas entidades más elevadas. De ahí que por la profusión de impresiones provenientes de los seres superiores alrededor de los cuales, de alguna forma, giran los seres del sacrificio rechazado, por lo menos puede ser compensado lo que yace en estos últimos como sacrificio imposible de realizar; puede ser compensado aquello cuya satisfacción es impedida por la no aceptación del sacrificio, estableciéndose entre las posiciones de estos seres y de las entidades superiores, una relación análoga a la que se habría producido por el sacrificio consumado.

Comprenderemos plenamente el sentido de lo dicho si nos representamos a las entidades superiores, simbólicamente unidas, formando un sol, y a las inferiores, concentradas en una posición única, como un planeta. Supongamos entonces, que los seres del planeta inferior quisieran brindar su sacrificio al planeta superior, o sea, al sol. Pero el sol los rechaza y las substancias ofrendadas tienen que permanecer con las entidades del sacrificio no aceptado, por lo cual éstas, en su soledad y aislamiento, se sienten invadidas de anhelo. Es cuando los Espíritus del Movimiento las introducen en el ámbito de las entidades superiores y, en vez de elevar directamente su substancia de sacrificio, se les ofrece así la posibilidad de poner esta misma en movimiento y, por consiguiente en una cierta relación con los seres de jerarquías más altas. Efectivamente, es como si un ser humano no estuviera en condiciones de apaciguar su anhelo de una sola y única vez y que viviera, en cambio, una serie de satisfacciones parciales, de manera tal que la experiencia de esta serie de satisfacciones parciales removiera toda su vida anímica. La vez pasada describimos este proceso más detalladamente. Vimos que por las impresiones provenientes ahora desde afuera - porque no se establece ninguna unión interior con las entidades superiores a través del acto de sacrificio- se crea un sustituto que, a pesar de todo, permite a estos seres alcanzar una cierta satisfacción.

Pero no se puede negar que la substancia destinada a ser ofrendada habría continuado una existencia distinta con las entidades superiores que con las inferiores. Es que las primeras ofrecen las verdaderas condiciones de vida para lo que debería haber sido sacrificado; por lo tanto, tratándose de los seres inferiores, dichas condiciones tienen que ser reemplazadas por otras. Nuevamente recurrimos a una imagen: si la substancia entera de un planeta fluyera al sol, siendo recibida por éste, los seres del planeta en cuestión encontrarían allí otras condiciones de existencia que fuera del sol, en el planeta mismo, en caso de que el sol los hubiera rechazado. En una palabra: sobreviene una alienación de aquello que tenemos que denominar "el contenido del sacrificio", una alienación de su origen sufrida por la substancia del sacrificio.

Piensen Uds. ahora que ciertas entidades tienen que retener dentro de sí algo que les gustaría sacrificar, y de lo que sienten y perciben que encontraría su verdadero sentido recién como sacrificio consumado. Represénten-

se lo que sienten estas entidades interiormente, y Uds. llegarán a lo que podría ser llamada la separación de una determinada parte de la entidad cósmica de su sentido intrínseco y de su verdadera gran finalidad universal. Expresándolo imaginativamente: ciertos seres llevan en su interior algo que, en el fondo, tendría su sentido si estuviera en otro lugar y no con ellos. Como consecuencia de semejante desplazamiento del humo de sacrificio rechazado, de la substancia de sacrificio rechazada –para seguir con la imagen– resulta que dicha substancia de sacrificio es, por de pronto, expulsada del proceso cósmico restante.

Al concebir este pensamiento no con el intelecto –que no va con estas cosas–, sino con el sentimiento, Uds. percibirán lo siguiente: existe algo que está como arrancado del proceso cósmico general. Para los seres que rehusaron aceptar el sacrificio no es sino algo rechazado por ellos. En cambio, para los otros seres en cuyo interior ha permanecido la substancia de sacrificio, es algo que lleva el sello de la alienación de su origen. De esta manera, resulta que existen seres cuya substancialidad está signada por la alienación de su origen. Pero esto –si lo comprendemos con el sentimiento, si aprehendemos esta idea con el sentimiento, si hacemos surgir en el alma algo que encierra la alienación de su origen– esto es la muerte. Y la muerte en el cosmos no es otra cosa que aquello que, junto con la substancia de sacrificio rechazada, sobreviene necesariamente en los seres que tienen que quedarse con dicha substancia. Desde la resignación, desde la renuncia llevada a cabo por las entidades superiores en la tercera etapa de la evolución, llegamos así a la muerte. La muerte, en su real significado, no es sino la cualidad inmanente a ciertos contenidos substanciales que no están en su verdadero lugar, que están excluidos de su verdadero lugar.

También, cuando se presenta la muerte en la vida humana concreta, subyace el mismo fenómeno. Pues el cadáver que es dejado en el mundo de maya, no contiene nada más que una substancialidad, desde el preciso instante de la muerte, excluida del Yo, del cuerpo astral y etérico, alienada de las envolturas, únicamente dentro de las cuales adquiere un sentido. Por cierto, el cuerpo físico del hombre no tiene sentido sin el cuerpo etérico, el cuerpo astral y el Yo; carece de razón de ser y en este momento está excluido de su sentido. Lo que ya no podemos comprender cuando muere un ser humano, esto justamente se nos manifiesta en el macrocosmos. Debido a que los seres cósmicos de esferas más elevadas rechazan el sacrificio destinado para ellos, esta substancia de sacrificio no aceptada, es entregada a la muerte dentro de los seres que sufren el rechazo; ya que la muerte significa que alguna substancia cósmica, alguna entidad cósmica, es excluida de su verdadero sentido.

Con ello hemos iniciado una caracterización espiritual de lo que llamamos el cuarto elemento en el universo. Así como para nosotros el fuego es espíritu puro de sacrificio –y donde quiera que se manifiesten fuego o calor hay un acto de sacrificio espiritual detrás de ellos– así como en realidad encontramos virtud dadora o donadora, virtud fluyente detrás de todo lo que se extiende como aire alrededor de nuestra Tierra, así como llegamos a describir el agua corriente, o sea, lo líquido como elemento, como resignación o renuncia espiritual, de la misma manera tenemos que caracterizar el elemento tierra, único portador posible de la muerte –ya que no existiría la muerte sin el elemento térreo–, como algo que fue separado de su sentido a causa de la renuncia. Represéntense Uds. ahora, concretamente, cómo de algo líquido se forma algo sólido, lo cual, en cierto modo, es también el

reflejo de un proceso espiritual. Represéntense cómo se incorpora hielo en la masa de agua de un estanque, o sea, que el agua se solidifica. Ahí no sucede, en realidad, otra cosa que aquello que convierte el agua en hielo, la separa de su sentido. He aquí lo espiritual del proceso de solidificación, lo espiritual de la transformación en tierra; pues, por lo que se refiere a la caracterización de los cuatro elementos, también el hielo es "tierra" y sólo lo líquido es "agua". Una separación de su sentido, es aquel fenómeno que denominamos muerte, y el elemento dentro del cual se presenta y desarrolla la muerte, es el elemento térreo.

Habíamos comenzado preguntándonos si dentro de nuestro mundo de la ilusión, de maya, no existe absolutamente nada que sea verdadero, nada que -por así decirlo- corresponda a una realidad. Fíjense Uds. muy exactamente en el concepto que acabamos de elaborar. Desde un principio he advertido sobre lo relativamente complicado de los conceptos aquí tratados; por lo tanto, será necesario no aprehenderlos sólo con el intelecto, sino meditarlos, es ahí cuando recién los comprenderemos cabalmente. Examinemos ahora el concepto de la muerte, o bien, el de lo térreo: nos muestra una faz sumamente extraña. En lo que atañe a todos los demás conceptos, podíamos decir: en el mundo de maya en nuestro derredor no hay nada verdadero, pues lo verdadero es algo espiritual que le subyace; ahora, en cambio, hemos descubierto que aquello que está dentro de maya, se manifiesta como lo muerto, precisamente por estar separado de su sentido, porque debería estar en lo espiritual. Por lo tanto, hay algo que ha sido confinado dentro de maya que no debería estar allí. En todo el vasto reino de maya o de la gran ilusión no encontramos sino meros engaños, meras ilusiones. Empero, algo aparece en maya que, por sufrir la separación de su real sentido en lo espiri-

tual, corresponde enteramente a lo verdadero, y en el mismo instante de su aparición, es tocado por la destrucción, por la muerte. Esto nos revela nada menos que la gran verdad oculta: ¡dentro del mundo de maya, lo único que se muestra en su realidad, es la muerte! Todos los demás fenómenos tienen que ser remitidos a lo real subyacente a ellos, todos los demás fenómenos que aparecen en maya, tienen lo verdadero detrás de ellos: tan sólo la muerte, dentro de maya, es lo verdadero; pues ella consiste en que algo fue separado de lo verdadero y entró en maya. Por ende, la muerte es, dentro de maya, lo único verdadero.

Si de lo que se extiende en maya general, por así decirlo, pasamos ahora a los grandes principios del mundo, se presenta para la ciencia oculta, una consecuencia sumamente importante y esencial de aquellas palabras que dicen que, dentro del mundo de maya, únicamente la muerte es lo verdadero. Existe todavía otro acceso a lo que quiero decir, si observamos las entidades de los demás reinos que están en nuestro derredor.

Ahí cabe la pregunta: ¿los minerales, por ejemplo, mueren? Para el ocultista carece de sentido decir que los minerales mueren. Sostener que la uña que cortamos, hubiera muerto, sería más o menos lo mismo. Es que la uña como totalidad, no tiene ningún derecho de existencia; es tan sólo algo que llevamos en nuestro cuerpo y, al cortarla, la separamos de nosotros y le quitamos la vida que forma parte de la nuestra. En el fondo, la uña muere, recién cuando morimos nosotros. Es en este sentido que la ciencia oculta dice que los minerales no mueren. Ellos no son sino miembros de un gran organismo, tal como la uña pertenece al nuestro; y un mineral que aparentemente perece, solamente se halla arrancado de ese gran orga-

nismo, así como la uña cuando la cortamos, es arrancada del nuestro. La destrucción del mineral no significa muerte, porque el mineral, en sí mismo no vive, sino que vive en el gran organismo del cual forma parte.

Uds. recordarán la conferencia sobre la naturaleza de las plantas, cuando dije lo siguiente: la planta como tal, tampoco es independiente; ella constituye un miembro, no de un gran organismo como el mineral, sino de todo el organismo terrestre; y, para la observación oculta no tiene sentido hablar de la vida de una sola planta; más bien tenemos que referirnos al organismo terrestre, del cual, por doquier, las plantas forman parte. Provocarles su "muerte", es como cortar una uña. No podemos decir que la uña haya muerto. De las plantas no lo podemos decir tampoco, pues ellas pertenecen a un gran organismo, idéntico con la Tierra entera, un organismo que se duerme en primavera, cuando orienta las plantas como sus órganos hacia el Sol, y que despierta en otoño, cuando vuelve a recibir lo espiritual de las plantas, al acoger las semillas. No tiene sentido observar las plantas por separado, porque el organismo terrestre no muere cuando marchitan las plantas individuales; del mismo modo que nosotros tampoco nos morimos cuando, una vez crecidas las canas, ya no nos es posible, por medios naturales, teñirlas nuevamente de negro. Ocurre solamente que nosotros nos encontramos en otra situación que las plantas. La situación de la Tierra, en cambio, sería comparable a la del hombre, si éste fuera capaz de hacer que su pelo gris ennegreciera otra vez. Es decir, la Tierra no muere; mas lo que se manifiesta en el marchitar de las plantas, es un proceso que se desarrolla en la superficie. De ahí que no podemos decir jamás que las plantas mueren realmente. Pero tampoco podemos decir que los animales mueren como nosotros. Es que, en realidad, el animal individual no existe; existe únicamente el alma grupal que está en lo suprasensible. Lo que es el animal en lo verdadero, vive tan sólo en el plano astral como alma grupal y cada animal en particular es una densificación que partió desde aquella. Al morir, se convierte en miembro desechado del alma grupal que lo sustituye por otro.

La muerte, tal como la encontramos en los reinos mineral, vegetal y animal, es sólo aparente, una muerte circunscrita a maya. En verdad, el único que muere es el ser humano quien, con su individualidad, logra descender hasta su cuerpo físico, dentro del cual tiene que ser real, mientras dura su existencia en la Tierra. En verdad, solamente tiene sentido hablar de "muerte", cuando nos referimos a la vida terrenal humana.

Esto, al comprenderlo así, nos lleva a decir: tan sólo el ser humano puede vivir la muerte verdaderamente. Por consiguiente, aquello que conocemos por la investigación oculta es, en el caso del hombre, una real superación de la muerte, un verdadero vencer la muerte; puesto que la muerte de los demás seres no es más que aparente, no existe en realidad. Si ascendiéramos desde el ser humano nuevamente hacia las entidades de las jerarquías superiores, nos daríamos cuenta de su desconocimiento de la muerte a la manera humana, de modo tal que, en el fondo, sólo existe una muerte real, o sea, una muerte en el plano físico, entre aquellos seres que vienen a buscar algo en este plano físico. El hombre tiene que adquirir aquí su conciencia del Yo, imposible de obtener sin la muerte. Ni por lo que se refiere a las entidades que están por debajo del ser humano, ni a las por encima de él, se justifica hablar de una muerte verdadera. Por lo tanto, se hace comprensible que no hay posibilidad de eliminar el acto terrenal más importante de aquella en-

tidad que denominamos la entidad crística; ya que hemos visto que el Misterio del Gólgota ha de ser considerado lo más esencial de todo lo relacionado con esta entidad crística: la superación de la muerte por la vida. Mas, ¿dónde, únicamente, puede tener lugar la victoria sobre la muerte? ¿Acaso en los mundos superiores? ¡No! Pues refiriéndonos a los seres inferiores de los reinos mineral, vegetal y animal, ya no cabe hablar de muerte, porque su verdadero ser mora en los mundos superiores, suprasensibles. En el curso de nuestros estudios de invierno, profundizaremos todavía más, el hecho de que las entidades más elevadas no pasan tampoco por la muerte, sino tan sólo por transmutaciones, metamorfosis, transformaciones. De un corte en la vida que calificamos de "muerte", se justifica hablar solamente en el caso del ser humano. Y el único lugar, donde éste puede vivir la muerte, es en el plano físico. Si nunca hubiera llegado al plano físico, el hombre no sabría nada de la muerte; ya que ningún ser que no haya pisado este plano, tiene conocimiento de ella. En los otros mundos no existe lo que podemos llamar "muerte", sino sólo transformaciones, metamorfosis. ¡El Cristo, si debía pasar por la muerte, tuvo que descender al plano físico! Pues únicamente allí pudo vivirla.

Vemos así, como también en el devenir histórico del ser humano y de un modo singular, se entremete en maya lo verdadero de los mundos superiores. Mientras que nuestro pensar se arregla con todos los demás eventos históricos, solamente cuando decimos: aquí, en el plano físico tiene lugar el suceso histórico; su causa, no obstante, está arriba, en el mundo espiritual, hacia el cual hemos de dirigirnos; no podemos decir del Misterio del Gólgota: este acontecimiento se desarrolla aquí abajo en el plano físico y algo que le corresponde está en el mundo

superior. Sin duda, el Cristo mismo es de los mundos superiores y descendió al plano físico. Pero, un arquetipo similar al que tenemos que buscar para todos los otros sucesos históricos, no existe para aquello que fue consumado en el Gólgota. Esto ocurrió únicamente en el plano físico.

Entre las tantas pruebas que la ciencia oculta estaría en condiciones de ofrecer en relación a este hecho figura, por ejemplo, que en el curso de los próximos tres milenios se reiterará el acontecimiento de Damasco para una cantidad suficientemente grande de seres humanos, tal como fue descrito ya más de una vez. Vale decir, los hombres desarrollarán facultades que les permitirán percibir al Cristo como figura etérica en el plano astral, lo mismo que le sucedió a Pablo ante Damasco. El acontecimiento de la percepción del Cristo, mediante aptitudes superiores humanas que se irán formando paulatinamente a lo largo de los próximos tres mil años, comienza en nuestro siglo XX. A partir de nuestro tiempo, dichas facultades aparecerán poco a poco y se desarrollarán en los siguientes tres milenios, en una cantidad suficientemente grande de seres humanos. Es decir, una cantidad suficientemente grande de seres humanos sabrá por su propia contemplación de los mundos superiores, que el Cristo es una realidad que vive, y lo conocerán tal como vive ahora. Y no sólo conocerán la forma de cómo vive ahora, sino, al igual que Pablo, llegarán a la convicción de que murió y resucitó. Pero la base para ello no puede ser creada en los mundos superiores; debe ser puesta en el plano físico.

Ahora bien, si alguien logra comprender y concebir, ya hoy en día, cómo avanza la evolución del Cristo mismo y con ello, el desarrollo de ciertas facultades humanas, si alguien lo concibe por su comprensión actual de la

ciencia espiritual, no habrá nada que le impida, una vez pasado el umbral de la muerte, participar en dicho acontecimiento, cuando éste realmente tenga lugar como un primer resplandecer del Cristo en el mundo del hombre. O sea, quien estando hoy en el cuerpo físico, se prepara para este acontecimiento, lo podrá vivir también entre la muerte y un nuevo nacimiento. Pero, los que no se preparan, los que no adquieren ninguna comprensión para ello en esta encarnación, cuando estén en la vida que sigue a ésta, entre la muerte y un nuevo nacimiento, no sabrán nada de lo que sucederá a partir de nuestro siglo y durante los próximos tres milenios, con respecto al Cristo. Tendrán que esperar hasta volver a encarnar y obtener entonces en la Tierra, la preparación necesaria. Lo que tuvo que consumarse en la Tierra como causa de toda evolución ulterior del Cristo, esto es, la muerte en el Gólgota y lo creado a través de ella, puede ser comprendido tan sólo dentro del cuerpo físico. Es el único de entre los hechos importantes para nuestra vida superior que no puede ser comprendido sino estando encarnados. Luego, en los mundos superiores, será elaborado y profundizado; pero, inicialmente, tenemos que haberlo comprendido dentro del cuerpo físico. Así como el Misterio del Gólgota no podría haberse desarrollado jamás en los mundos superiores, y como allí tampoco existe arquetipo alguno de este acontecimiento que, debido a que implica la muerte, está concluido dentro de lo físico, así su comprensión tiene que ser adquirida también en este plano. Es más, forma directamente parte de las tareas del ser humano en la Tierra llegar a dicha comprensión en alguna de sus encarnaciones.

Por lo tanto, acabamos de encontrar también en lo universal, lo que nos hace descubrir algo inmediatamente real, algo inmediatamente verdadero en el plano físico.

Ahora bien ¿qué es real en ese plano? Real en lo físico, en el sentido de que nos detenemos ante ello diciendo: ¡he aquí algo verdadero! Es la muerte en el mundo del hombre, no así en los demás reinos de la naturaleza. Y si queremos llegar a conocer los acontecimientos históricos a lo largo de la evolución terrestre, debemos apelar al arquetipo espiritual de cada uno de ellos, salvo en el caso del Misterio del Gólgota. Este, tal como es, pertenece inmediatamente al mundo de lo verdadero.

Un fenómeno sumamente interesante es que se ve, en cierto modo, también el otro lado de lo recién expuesto. En efecto, es extraordinariamente significativo observar cómo hoy en día se niega la realidad del acontecimiento en el Gólgota, cómo la gente, cuando hablamos de historia exterior, dice que es imposible comprobarlo dentro del contexto histórico. Por cierto, entre los hechos históricos que son esenciales, prácticamente no hay otro tan difícilmente demostrable mediante razones histórico-realistas exteriores, como el Misterio del Gólgota. Piensen Uds. lo relativamente fácil que es operar con argumentos históricos, cuando se trata de la existencia de un Sócrates o Platón o cualquier otro héroe griego, siempre y cuando éste haya sido de importancia para el progreso de la humanidad; fíjense cómo la gente viene y afirma, hasta cierto grado con sobrada razón: ¡es históricamente insostenible que un Jesús de Nazareth haya vivido! Y no hay argumentos históricos para refutar esto. Es imposible tratar este acontecimiento como otros hechos históricos.

Es algo sumamente singular: he aquí lo único que este hecho, ocurrido en el plano físico, tiene en común con todos los demás eventos suprasensibles que exteriormente tampoco son demostrables. Y más o menos, son

las mismas personas las que niegan el mundo suprasensible y que, a la vez, carecen de la posibilidad de comprender este acontecimiento que no es en absoluto suprasensible y que se puede describir en cuanto a sus efectos. Pero esta gente piensa que semejantes efectos habrían sido igualmente posibles, sin que el real acontecimiento hubiera tenido lugar en la historia, interpretándolos como una consecuencia de ciertas circunstancias sociológicas. Mas, para quien conozca el curso interior del devenir universal, la idea de que puedan surgir efectos como los originados por el cristianismo, sin una fuerza que esté detrás, es tan inteligente como si uno dijera que en un campo crecen repollos sin previa siembra de semillas. Hasta podemos ir más allá aún, en el sentido de que no hubo posibilidad para los responsables de la redacción final de los Evangelios, de comprobar como hecho histórico, con razones históricas, el acontecimiento histórico del Misterio del Gólgota, ya que pasó realmente bastante inadvertido para la observación exterior. ¿Saben Uds. la manera como, los que participaron en la redacción posterior de los Evangelios, se convencieron de estos hechos, exceptuando el autor del Evangelio de San Juan que fue uno de sus inmediatos contemporáneos? Por de pronto, no se convencieron en base a documentos históricos, puesto que tampoco tenían otra cosa que la información verbal y los libros de misterios, tal como lo describí en "El Cristianismo como Hecho Místico"; se convencieron por la constelación de las estrellas, de la real existencia del Cristo Jesús, porque eran todavía grandes conocedores de la relación entre el macrocosmos y el microcosmos. Poseían un conocimiento de ello que también, hoy en día, es posible obtener, cuando uno calcula la constelación estelar para este punto determinado de la historia del mundo y luego se dice: al haber tal y tal constelación, necesariamente debe haber vivido en la

Tierra Aquél que denominamos "El Cristo". Así fue como se convencieron del acontecimiento histórico los autores de los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas. El contenido fue obtenido mediante la clarividencia, pero la convicción les llegó a través de las constelaciones del macrocosmos, que señalan los procesos que pueden desarrollarse en la Tierra. Por ello, tan sólo un conocedor de estas cosas es capaz de inculcarles la fe. Querer comprobar la inexactitud de los argumentos alegados en contra de la historicidad de los Evangelios, es esfuerzo estéril. Como antropósofos, en cambio, debemos tener presente la necesidad de apoyarnos en una base bien distinta: en la base de aquello que solamente podemos obtener mediante un conocimiento de la ciencia oculta.

Frente a esta creencia quisiera manifestar justamente también aquí, lo mismo que dije en estos días en otro lugar, cuando traté de demostrar cómo es posible hacer objeciones correctas, es decir, objeciones que en sí son correctas y que, no obstante, no coinciden con las realidades a las que se refiere la ciencia espiritual; sucede así que por más argumentos correctos que tengan los hombres -correctos de acuerdo a su saber-, no refutarán por ello la ciencia espiritual. En la conferencia "¿Cómo fundamentar la Teosofía?" (Wie begründet man Theosophie?) empleé la siguiente parábola: en un pueblo había un chico encargado de buscar todos los días los pancitos para el desayuno de su familia. En aquel lugar se compraba un pancito por dos Kreutzer; el chico llevaba siempre diez Kreutzer y traía a su casa la cantidad de pancitos que le diera el panadero, sin preocuparse más por ello, pues, quiero agregar que no era un gran aritmético. Sucedió entonces que en la familia entro un hijo adoptivo, de ahí en más encargado de buscar los pancitos. Este, sí, era buen aritmético, y así se dijo a sí mismo: irás por los pan-

citos, llevas diez Kreutzer, por dos Kreutzer te den un pancito, diez dividido por dos son cinco; por lo tanto, traerás cinco pancitos a casa. Fue, pero volvió con seis pancitos. Entonces se dijo: hay un error, te dieron de más, y como tu cuenta está bien sacada, mañana traerás cinco pancitos. Al día siguiente llevó nuevamente diez Kreutzer para volver otra vez con seis pancitos. La cuenta era correcta, pero no coincidió con la realidad, porque la realidad era otra. La realidad era que en este pueblo se acostumbraba dar a cada uno que compraba por diez Kreutzer, seis pancitos en vez de cinco, o sea, uno de más. La objeción del chico era correcta, sólo que no coincidía con la realidad.

De esta manera, los argumentos más perspicaces e ingeniosamente elaborados para refutar a la ciencia espiritual, bien pueden ser todos correctos, sin que por ello tengan que coincidir con la realidad; pues ésta puede apoyarse en fundamentos totalmente diferentes. El ejemplo que cité, es extraordinario para llegar a una comprensión incluso teórico-cognoscitiva, de la relación existente entre lo que es correcto de acuerdo a los cálculos y lo que es verdad en lo verdadero.

Es así como en nuestro empeño por remitir el mundo de maya a lo verdadero, empeño que nos hizo descubrir que todo fuego es sacrificio, todo lo aéreo virtud fluyente, donadora o dadora, y todo lo líquido es renuncia, resignación, hemos sumado hoy a estas tres verdades, aquella que revela que la verdadera esencia de la Tierra o de lo sólido es la muerte, el hecho de que alguna substancialidad se halla separada de su sentido universal. Por producirse esta separación, la muerte misma se introduce como algo verdadero en el mundo de maya o de la ilusión. Ni siquiera los Dioses tendrían la posibilidad de conocer la muerte, si no fuera que, de alguna manera, descendieran al plano físico, para comprenderla en su verdad allí, en el mundo de maya o ilusión.

Es esto lo que queremos agregar a los conceptos que ya habíamos aprehendido. Una vez más quiero señalar que sólo una meditación escrupulosa y un reflexionar sobre estas ideas puede otorgarnos claridad acerca de los conceptos que, a su vez, serán indispensables para abordar a fondo varios aspectos del Evangelio de San Marcos, pues el Evangelio de San Marcos se abre únicamente a la comprensión, si partimos desde los conceptos universales más significativos.

INDICE

Acerca de las publicaciones de las Conferencias de Rudolf Steiner IX

Acerca de los Manuscritos de las Conferencias de Rudolf Steiner de su Autobiografía "Mi Vida" (1925) XI

Nota del Traductor XV

PRIMERA CONFERENCIA, Berlín, 31 de Octubre de 1911

El Aspecto Interior de la Incorporación Saturnal de la Tierra 1

SEGUNDA CONFERENCIA, Berlín, 7 de Noviembre de 1911

El Aspecto Interior de la Incorporación Solar de la Tierra 19

TERCERA CONFERENCIA, Berlín, 14 de Noviembre de 1911

El Aspecto Interior de la Incorporación Solar de la Tierra y la Transición hacia la Incorporación Lunar 39

CUARTA CONFERENCIA, Berlín, 21 de Noviembre de 1911

El Aspecto Interior de la Incorporación Lunar de la Tierra 61

QUINTA CONFERENCIA, Berlín, 5 de Diciembre de 1911

El Aspecto Interior de la Incorporación Terrestre del Planeta Tierra 81